Alfonso Ballesteros

FRAGMENTADOS
Digitalización y posdemocracia



TEMAS SOCIALES DE ACTUALIDAD
Dirigida por Aniceto Masferrer

Dykinson, S.L.

FRAGMENTADOS
Digitalización y posdemocracia

Colección
TEMAS SOCIALES DE ACTUALIDAD
(Sociedad, universidad y transferencia)

Director

Aniceto Masferrer
Catedrático de Historia del Derecho
(Universidad de Valencia)

Comité editorial

Adela Cortina
Catedrática de Filosofía
(Universidad de Valencia)

Miguel Martínez López
Catedrático de Filología Inglesa
(Universidad de Valencia)

Juan A. Obarrio Moreno
Catedrático de Derecho Romano
(Universidad de Valencia)

Ana María Marcos del Cano
Catedrática de Filosofía del Derecho
(UNED)

Miguel Requena
Catedrático de Sociología
(UNED)

FRAGMENTADOS

Digitalización y posdemocracia

Alfonso Ballesteros

Dykinson, S.L.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web *www.conlicencia.com* o por teléfono en el 917021970/932720407

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial
La aceptación de la obra en la Colección Temas Sociales de Actualidad
se realiza utilizando el método de dobles pares ciegos
Para mayor información, véase *www.dykinson.com/quienes_somos*

© Copyright by
Alfonso Ballesteros
Madrid

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid
Teléfono (+34) 91544 28 46 – (+34) 91544 28 69
e-mail: *info@dykinson.com*
http://www.dykinson.es
http://www.dykinson.com

ISBN: 978-84-1070-851-8
Depósito Legal: M-5326-2025
DOI: https://doi.org/10.14679/3315

Preimpresión por:
Besing Servicios Gráficos S.L.
besingsg@gmail.com

A Tere

Índice

Prólogo 9

¿Qué nos ha pasado? 17

I. Preludio 23

1. Una nueva forma de gobierno 23
2. ¿Qué hacen las plataformas con la atención colectiva? 26

II. Digitocracia 31

3. El ideal: una sociedad sin fricciones 31
4. El contexto: la hiper-abundancia informativa ... 36
5. La materia prima: los metadatos 38
6. El combustible: la atención humana 42
7. El motor: el placer 49
8. Los fabricantes: los ingenieros siliconianos 52
9. Un gobierno sin ideología: el hiperracionalismo se torna irracional 56
10. Los fabricantes asumen su culpa 59

III. Fragmentados 63
11. La IA contra el ser humano 63
12. El mundo como anuncio 70
13. Animalizados 74
14. Fragmentados 77
15. Emocionales 80
16. Solos 84

IV. En busca de soluciones 89
17. ¿Reconocer nuevos derechos? 89
18. Recuperar nuestra atención 92
19. Reconquistar nuestra intimidad 97
20. Salir del determinismo encantado 101

Agradecimientos 105

¿Resistimos juntos? Más lecturas 109

Índice tópico y onomástico 113

Prólogo

Hace un par de años di una conferencia titulada "Conocerse: saber lo que me pasa", promovida por *Freethinkers* (https://www.freethinkers.es/) y dirigida a gente joven. Al llegar a la sala, me impresionó comprobar que ahí no cabía un alfiler: todas las sillas estaban ocupadas por un público de entre 18 y 25 años. Pero lo que más me impresionó fue la atención con la que el auditorio siguió la charla, sobre todo los rostros elocuentes de un público joven que ansiaba saber lo que le pasa. Esa conferencia tuvo un impacto muy fuerte en mí, y pude constatar, a las claras, la verdad de la afirmación de José Ortega y Gasset: "No sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa".

Y cuando uno no sabe lo que le pasa, es fácil que aniden en el corazón sentimientos de insatisfacción, inseguridad, temor, tristeza, soledad, ansiedad. Parece como si lo tuviéramos todo, pero en realidad nos sentimos como si nos faltara lo más importante. No sabemos lo que nos pasa y tampoco sabemos por qué hemos llegado a este punto, o qué hemos hecho mal como para sentirnos de este modo.

En realidad, lo que nos pasa es que tenemos un escaso conocimiento de nosotros mismos y de la sociedad

en la que nos ha tocado vivir. Cada uno es como es, pero el entorno social y cultural contribuye en buena medida a configurarnos como personas, a forjar nuestro modo de ser, nuestro comportamiento (cómo pensamos, amamos, hablamos y sentimos), y, en consecuencia, cómo nos tratamos a nosotros mismos y cómo nos relacionamos con los demás. Desconocerse a uno mismo y desconocer la cultura en la que uno vive, es como vivir a ciegas; en realidad nos condena a una vida mucho más penosa que la de un ciego, porque éste puede vivir con un propósito que dé sentido a su vida (pese a su ceguera física), mientras que la ceguera espiritual o existencial nos impide vivir de un modo auténticamente humano.

La sociedad posmoderna en la que vivimos ha perdido la capacidad de contemplar la realidad. Como afirmó Thomas Hobbes en su *Leviatán*, conocer es saber lo que se puede hacer con las cosas. Para Hobbes, lo relevante del conocimiento no es la contemplación de la realidad, sino la idea de utilidad, de lo útil o práctico, lo que uno puede hacer o dejar de hacer con ella: en definitiva, cómo puedo manipular y transformar la realidad. Y esto es así porque, según este modo de pensar –tan extendido a día de hoy–, contemplar la realidad resulta aburrido y poco productivo; se ve como algo más atractivo y estimulante manosear o manipular las cosas. Ese modo de concebir la realidad y de conocerla es incompleta y empobrecedora, y constituye un obstáculo –a veces, insuperable– a la hora de descubrir la belleza de contemplar la realidad tal cual es, de ver las cosas tal como son.

Uno se hace incapaz de conocer la realidad tal cual es –porque no le interesa esa dimensión de lo real–, sino sólo en tanto en cuanto ésta tenga alguna utilidad, me reporte algún beneficio, me rente de algún modo. Esta sesgada disposición hacia el conocimiento impide la contemplación,

la capacidad de valorar las cosas por lo que realmente son. Esta concepción utilitarista o pragmática de la realidad tiende hacia la instrumentalización del ser humano, hacia su cosificación, haciendo de él un objeto de mercancía, de intercambio, y conculcando así su dignidad, vista ya como algo relativo, dependiente de la coyuntura, de posibles intereses o beneficios empresariales, de la autonomía de la voluntad.

La obra que el lector tiene en sus manos contiene un análisis sucinto y sencillo, pero a la vez certero y profundo, de la actual crisis de las sociedades democráticas. La descripción y análisis de su joven autor permiten no sólo entender lo que está pasando hoy en la sociedad occidental, sino también comprender el impacto que esa cultura está teniendo en la vida de las personas. Desconocer esta realidad dificulta –por no decir, imposibilita– saber lo que nos está pasando, tanto social como individualmente.

Es un lugar común afirmar que las democracias de los países occidentales se encuentran hoy en crisis. El descontento ciudadano y los síntomas de crisis son hoy patentes en un escenario en el que los Estados nacionales han dado paso a nuevas formas de gobernanza global. En este contexto un elemento fundamental lo constituye la digitalización de la vida cotidiana, de la esfera pública y de las distintas formas de comunicación. Este libro procura apuntar algunas de las raíces de la crisis de la democracia que nos empujan hacia una creciente fragmentación social e individual, y a un escenario posdemocrático, si no hacemos algo para remediarlo.

El poder digital que ha surgido con la globalización no es enteramente inocente –pero tampoco enteramente culpable–, de los problemas de la democracia, pues, o bien ha ahondado en problemas previos, o bien ha provocado

otros nuevos. El autor detecta cuatro de estos problemas o raíces de la crisis democrática. En síntesis, se trata del advenimiento de un poder que fragmenta las sociedades y a los individuos –deteriorando los vínculos interpersonales, el diálogo y la atención–, empujándolos en una dirección distinta a la que deben conducirse las democracias maduras, libres y pluralistas.

El primer elemento es el desplazamiento del poder de los Estados –y el poco poder que la ciudadanía conservaba en su seno en forma de asociaciones voluntarias–, a los actores globales que dan forma hoy a la globalización. El poder digital de las grandes empresas tecnológicas y los diseñadores de la IA es hoy más importante que el de los Estados y los gobernantes legítimamente elegidos en procesos democráticos. El poder se ha desplazado a unas grandes empresas, sobre todo californianas, que funcionan según un espíritu libertario y, en buena medida, en la anomia, sin apenas regulación, y se puede decir que constituyen una forma de gobierno *de facto*. Este gobierno *de facto* e ilegítimo está espoleado por los incentivos de su modelo de negocio que, como es de sobra conocido, pasa por la recolección de datos y el perfilado de los individuos, así como por el cultivo de la atención humana. El modelo de negocio basado en la publicidad es el dominante en el mundo occidental.

En segundo lugar, si el tejido social y las relaciones interhumanas que en él se desarrollan –dando lugar a la trama de relaciones humanas– se hallaba ya deteriorado, hoy su debilidad es aún mayor. El poder digital pretende mediar en todas las actividades humanas, de modo que empuja a los individuos a estar cada vez más conectados pero solos. Esta es una *primera forma de fragmentación: la crisis de la sociabilidad*. Aunque el individuo se comunique digitalmente, las relaciones corpóreas y la mediación de co-

sas en sus relaciones, se ve progresivamente pospuesta. La soledad es el terreno fértil para cualquier forma de gobierno tiránica, pues en la medida en que los individuos pierden la costumbre de vincularse y actuar concertadamente, la democracia como forma de gobierno del pueblo se haya en franca decadencia. El individuo se encuentra, cada vez más, reducido a su condición de consumidor de contenidos digitales que se ponen a su disposición, desplazando así, no solo su condición de ciudadano, sino de ser social que solo es capaz de ser plenamente libre en compañía de sus iguales.

En tercer lugar, en la medida que el individuo se encuentra solo y tiende a comunicarse digitalmente, cada vez cobra menos importancia la razón práctica, la capacidad de auténtico diálogo con sus iguales. Esta es una *segunda forma de fragmentación: la crisis del discurso o razón práctica*. Por un lado, los algoritmos regulan la esfera pública automatizada de las redes sociales, dando total preferencia a los discursos más disolventes de la comunidad y que reflejan más odio y fanatismo. Por otro lado, las formas de comunicación sin relación impulsadas por el emporio digital difícilmente sustituyen el verdadero diálogo entre individuos libres e iguales. La crisis de la conversación no solo afecta a la vida cotidiana de los individuos, sino a la propia política, que encuentra que los asuntos de relevancia colectiva no son discutidos, o si lo son, tienden a ser tremendamente simplificados o convertidos en un problema estrictamente emocional y subjetivo que no es capaz de ampliarse hacia los otros. Este deterioro de la razón práctica supone, además, un deterioro epistémico para la democracia. La realidad no se percibe desde un anclaje común, con independencia de las diferencias, sino que se divide en un caleidoscopio de posiciones irreconciliables o en posturas polarizadas en las que, desde la propia opinión (o emoción),

uno se permite cuestionar incluso las verdades de hecho y se une de forma inseparable a la propia identidad, imposibilitando el diálogo libre.

En cuarto lugar, *la tercera forma de fragmentación* es *la crisis de la atención*. El deterioro de la atención tiene, al menos, dos raíces. La primera es la sobreabundancia informativa que tiene como correlato la escasez de atención. La segunda es un modelo de negocio, la economía de la atención, que obtiene sus ingresos mediante una feroz competencia por captar la atención de los individuos. El deterioro cognitivo que esto produce es del todo evidente y empuja al individuo, como se señala en esta obra, a estar animalizado, abducido, dominado por las emociones que el poder digital le prepara para dirigir su conducta y captar su atención. Esta fuerte psicologización del entorno digital otorga preeminencia a la emoción, no solo sobre la razón, sino sobre el sentimiento. El individuo tiende a experimentar emociones, pero tiene cada vez más dificultades para conmocionarse ante la realidad o empatizar con los problemas de los otros. Es lo que Richard Sennett denunciaba ya en *El declive del hombre público*, como la transformación de las categorías políticas y compartidas en categorías psicológicas y narcisistas. El individuo fragmentado se encuentra sediento de la aprobación ajena, para satisfacer su necesidad de reconocimiento, lo que entraña dos cosas. Primero, el individuo se encuentra permanentemente ocupado en comprobar si su identidad individual ha sido aprobada por la muchedumbre digital. Segundo, posee una individualidad pobre y dependiente que le incapacita para el autoconocimiento y el pensamiento que solo son posibles cuando el individuo se abre a la propia compañía en el ámbito del pensamiento.

En definitiva, la crisis de la sociabilidad, del discurso y de la atención están profundamente interrelacionadas y tienden a deteriorar nuestra relación con el mundo y con

los otros. Los vínculos con los otros, la búsqueda común de consensos racionales y la misma libertad están hoy en juego ante un poder digital que tiende a convertir un mundo ya deteriorado y fragmentado, en un caleidoscopio.

En un momento en el que la Universidad parece haber renunciado a seguir siendo lo que fue en sus orígenes, un espacio de libertad abierta a la verdad, al pensamiento crítico y al diálogo, una institución al servicio de una sociedad libre y plural, Alfonso Ballesteros nos brinda un texto que es, a mi juicio, una auténtica joya. Con obras como la presente, cabe pensar que la Universidad puede seguir siendo una institución que, lejos acomodarse a la mentalidad utilitarista y mercantilista que predominan en la actualidad, busque el conocimiento de la realidad como fin, y no como mero medio para la obtención de un beneficio o de un puesto de trabajo. No se trata de renunciar a que la Universidad proporcione una buena formación que capacite profesionalmente a quienes pasan por ella, sino a la mera transmisión de una formación estrictamente técnica o profesional, desprovista de aquel bagaje cultural e intelectual que pasa por la lectura de los grandes autores, de esos gigantes a los que necesitamos subirnos para contemplar y entender el mundo en el que vivimos, el mundo de aquellos que nos han precedido, la adquisición del hábito de la lectura, la reflexión, la contemplación y la capacidad de pensar por uno mismo. En definitiva, aquella *studiositas* que, aunque parezca carecer de utilidad, nos hace más humanos y mejores personas, y nos capacita para hacer del trabajo un servicio a la sociedad, y no tan sólo un medio para el sostenimiento propio (o de la familia), cuando no para la satisfacción de un afán desmedido de riqueza o de poder.

La Universidad nació por y con el afán de buscar la verdad; de ahí que se tomaran en serio la realidad, y que se atrevieran a escrutarla hasta encontrarla (conocerla). Y una

vez encontrada, seguían buscando, porque su afán por conocer la realidad, de entenderla y de profundizarla, carecía de límites. Hoy se niega la existencia de la verdad porque se ignora –o incluso se desprecia– toda realidad que no resulte útil o no reporte algún beneficio. La Universidad debiera seguir siendo lo que fue para poder así iluminar el camino que conduzca a la construcción o regeneración de una sociedad y de un mundo más humanos y más solidarios.

Alfonso Ballesteros, joven profesor universitario, ha entendido ya muy bien que sus conocimientos académicos, no sólo PUEDEN ser transferidos al conjunto de la sociedad, sino que DEBERÍAN de ser efectivamente transferidos, por un sentido de responsabilidad, como parte del propio quehacer académico. En su caso, es evidente que lo ha hecho como expresión sincera de compromiso y de sentido agradecimiento hacia la sociedad. Estoy convencido de que de la pluma de este autor saldrán grandes textos que contribuirán a forjar personas y sociedades más libres y auténticamente humanas. Esto último es precisamente lo que se pretende con esta colección.

Aniceto Masferrer
Catedrático de Historia del Derecho
Universidad de Valencia

¿Qué nos ha pasado?

En una cacería en un gran bosque un rey salió detrás de una pieza. Era tal su ardor por alcanzarla que sus acompañantes no pudieron seguirle la pista. Estaba perdido. No encontraba el camino de regreso y estaba cansado de vagabundear cuando encontró a una vieja a la que preguntó cómo salir de aquel bosque. La vieja, que era una bruja, solo le revelaría cómo salir de allí a condición de que se casara con su hija. Muy a su pesar y acorralado por las circunstancias, el rey se vio obligado a acceder y se casó con la hija de la bruja. Como el rey tenía ya siete hijos –seis niños y una niña–, los escondió en un castillo de difícil acceso, pues temía que fueran maltratados por su madrastra. Durante un tiempo el rey salió secretamente todos los días a visitar a sus hijos, pero esto pronto despertó sospechas en su malvada esposa. Hechas sus averiguaciones, su esposa logró llegar hasta aquel recóndito castillo y, cuando ya se aproximaba, los seis niños salieron al encuentro de la mujer, confundiéndola de lejos con su padre. Ella hechizó a los seis niños convirtiéndolos en cisnes.

La séptima hermana, que no había salido, lo vio todo desde la ventana. La chica supo que el único modo de que sus hermanos recobraran su forma original era terrible.

Debía coser durante seis años seis camisas de anémonas, unos animales marinos muy frágiles semejantes a las algas. Durante todos esos años no podría hablar, ni reír. Una sola palabra sería fatal. Una pequeña distracción echaría todo su esfuerzo por la borda. Pero estaba decidida a emprender este proyecto para salvar a sus hermanos y decidió coser las camisas sin atender a otra cosa. La empresa estuvo llena de dificultades, pues no podía decir una palabra, responder a quien le hablaba, ni distraerse de su tarea. Seis años después el esfuerzo fue recompensado, el terrible hechizo revertido y volvieron sus hermanos a adoptar su forma humana.

¿Qué nos enseña este cuento de los Hermanos Grimm? La muchacha que cose la camisa de anémonas nos muestra la importancia de la atención. Su perseverante atención hacia su tarea es señal de su amor hacia sus hermanos. Si el amor pudiera medirse lo sería en términos de la atención prestada. Aunque la atención propiamente no se presta, sino que se entrega, pues no puede devolverse. La muchacha nos muestra la centralidad de que nuestra mente, nuestro corazón y nuestra voluntad se encuentren en armonía. La lucha por nuestra unidad como individuos se encuentra entre una de las más importantes. La atención focal nos permite alcanzar nuestros proyectos y metas o, al menos, luchar por hacerlo.

No hace falta subrayar lo dramática que hubiera resultado la situación para la muchacha si llega a vivir en nuestro siglo. Aunque hubiera podido apagar todos sus dispositivos electrónicos en un titánico esfuerzo de desprendimiento, su propio cerebro, acostumbrado a los vídeos de TikTok y a las *stories* de Instagram, le reclamaría estímulos cada 10 o 15 segundos. El síndrome de abstinencia del *smartphone* y la expectativa de no obtener una recompensa psicológica en seis años quizá habría acabado con la muchacha en la primera media hora. ¿Qué nos ha pasado?

Fragmentados. Digitalización y posdemocracia es un ensayo sobre cómo la nueva condición digital deteriora nuestra atención. El emporio digital afecta de lleno a nuestra atención porque es un gigantesco negocio basado en la publicidad. Este nuevo emporio ha modificado el poder, la percepción y la comunicación.

Por un lado, ha modificado la distribución del poder. El poder social se encuentra hoy, sobre todo, situado en el extremo occidental de nuestra civilización: en California. El poder de las grandes empresas tecnológicas afincado allí, no es solo un poder basado en la información, sino en captar la atención. Es un poder que ha crecido sin límites jurídicos, justificado por unos avances técnicos que han transformado el mundo. Pero en las últimas décadas, con la confluencia del *smartphone* y las redes sociales nuestra atención, la atención de buena parte de la humanidad, se ha visto extraordinariamente deteriorada.

Este nuevo poder que vende nuestra atención a los anunciantes ha modificado nuestra percepción. Si antes nuestra percepción era, sobre todo, una competencia de nuestros sentidos, estos han sido desplazados. Nuestra percepción ya no es sensorial, ya no es gratuita, un regalo, y ya no es compartida. Hoy nuestra percepción está mediada por las pantallas que son las que otorgan dimensión de realidad a nuestro mundo. Como estas pantallas están completamente personalizadas, la percepción común de la realidad ha desaparecido. Ha sido reemplazada por un caleidoscopio de percepciones que ya no se hayan arraigadas en la realidad de cuerpos y cosas, sino en la monetización del tiempo en pantalla. Este ataque a la percepción compartida de la realidad tiene peligrosas consecuencias políticas y facilita un subjetivismo radical y un alejamiento total de la realidad física y de todo elemento que pueda dotar de objetividad a la existencia. La percepción es entendida,

sobre todo, como emoción momentánea y las categorías reales y objetivas se reemplazan por categorías psicológicas y subjetivas.

En tercer lugar se ha transformado la comunicación. Los mejores ingenieros expertos en psicología conductual han sabido hacernos olvidar otra realidad fundamental: tenemos un cuerpo que comunica. La comunicación ya no es corpórea, sino mediada por la tecnología. Nos ofrece un intercambio de complacencias psicológicas, de me gustas y comentarios desde la tranquila seguridad del sofá o el vagón del metro. Para monetizar al máximo la vida humana las relaciones directas, entre personas y cuerpos deben evitarse. Y así ocurre. Nuestros maravillosos cuerpos, que somos y tenemos, tienen la virtud de poder sacudir la soledad de los otros. Pero estos cuerpos han sido ya reemplazados por una imagen de los mismos. Solo se admite que el cuerpo tenga un papel si aumenta el tiempo en pantalla. El cuerpo se ha reducido a imagen, una imagen que ha de captar la atención, se ha de convertir en *anuncio*. Pero esto ya no es comunicación propiamente humana. Es una *comunicación sin relación* en el marco de una alteridad débil y líquida. El otro es una herramienta del yo para aprobarse a sí mismo. Un yo que es débil y dependiente, aunque juegue a fuerte y autosuficiente. Por lo anterior, a la *crisis de atención*, se le suma la *crisis de la sociabilidad*, pues nos sentimos profundamente solos, aunque estemos conectados. Y si no dialogamos realmente con otros, ¿qué democracia podremos tener? ¿cómo desarrollaremos la empatía que permite establecer comunicaciones intersubjetivas, también con los extraños?

Se alzan aquí numerosas amenazas para nuestra felicidad individual y para nuestra vida colectiva. El deterioro de la democracia, de la percepción común de la realidad o

el triunfo de la soledad son algunos de los problemas que se nos presentan. ¿Nos animaremos, por fin, a hacer algo? Lo primero es comprender el problema, un esfuerzo al que se consagra este modesto librito.

* * *

Una buena parte de este ensayo ha sido publicado previamente a través de artículos breves, sobre todo en prensa, durante los últimos cuatro años. Sus títulos aparecen al final. No me limito aquí a reproducirlos. En la mayoría de los casos he introducido múltiples modificaciones para dotar al texto de una unidad más clara y hacer la lectura más amable al lector.

Elche, 7 de octubre de 2024

I. Preludio

"No debemos aceptar la tecnología
como si formara parte del orden natural"
Neil Postman

"La IA es un certificado de poder"
Kate Crawford

1. UNA NUEVA FORMA DE GOBIERNO

Creo que cabe afirmar una cosa sobre la digitalización que no se ha dicho todavía, o no bastante. Es una especie de forma de gobierno absoluta. *Gobierno*, porque tiene una capacidad ordenadora, de establecer buena parte de las normas que orientan la vida de las personas sin apenas interferencia de las instituciones legítimas. *Absoluta*, porque este gobierno se excluye a sí mismo de los dispositivos con los que domina, del mismo modo que el tirano no se aplica a sí mismo la ley que crea. De esta forma, los ingenieros de Silicon Valley educan a sus hijos sin la tecnología que presentan ante millones de usuarios como positiva y conveniente.

La novedad de este gobierno es que no obliga de forma burda como el tirano que domina con la pura fuerza de la coacción. Es una forma de poder mucho más fuerte, pero mucho más sibilina y amable, que dirige nuestras conductas desde la interioridad. La ordenación de la vida procede del agrado, del *Me gusta* y la personalización. Es un gobierno de lo interior, que actúa desde la psique gracias a los macrodatos. Este gobierno *de facto* e ilegítimo tiene hoy un alcance mundial.

Si algo dificulta la comprensión de estas cosas es un mito muy presente en la sociedad: el mito de la neutralidad tecnológica. A veces se piensa que las cosas son neutras porque se pueden utilizar para una cosa buena o mala, como un cuchillo para cortar comida o para dañar a otro. Esto es una verdad a medias y tiene como consecuencia no hacer juicios sobre cómo son las cosas sino únicamente sobre cómo se utilizan. También ocurre con las redes: Facebook no es malo porque lo uso bien. Como el cuchillo, puede usarse bien o mal.

Esta visión parece considerar al ser humano como impermeable a las cosas que le rodean, como si todo se redujera al uso que uno hace de ellas y no, por decirlo así, lo que ellas hacen con nosotros. De lo que no cabe duda es de que las cosas se diseñan con determinados propósitos.

Ocurre igual con la arquitectura, que es el arte de crear espacios con propósitos determinados. Cuando un arquitecto distribuye los espacios condiciona de forma significativa la vida de los que vivirán en ellos. Un ejemplo. A finales del siglo XVI, cuando surgió una mayor sensibilidad hacia la intimidad familiar, proliferaron los corredores que permitían a la servidumbre circular sin ver a los amos, y viceversa. Podía aprovecharse el corredor para hacer el bien o el mal, pero en nada cambia esto que fuera un condicionante que permitió mayor intimidad.

Con la tecnología digital ocurre lo mismo. Puede usarse de muchos modos, pero esto no quita que nos condicione. Si la tecnología digital no es neutra, cabe preguntarse: ¿nos hace mejores? Respondamos a ello con las dos tecnologías principales, según la distinción de Frank Pasquale[1]: las primeras buscan conocernos por completo, las segundas hacernos dependientes.

Las tecnologías que buscan conocernos por completo son las "tecnologías de la reputación": nos evalúan, miden, puntúan y predicen nuestro comportamiento. Paradigma de ello es el sistema de crédito social chino. Por su capacidad de conocer la salud de la persona, la reputación ha permitido a muchos países de Asia controlar mucho mejor la pandemia de la covid-19, aunque naturalmente a expensas de la intimidad de las personas.

Junto a la reputación están las tecnologías que buscan mantenernos ante la pantalla. Configuran lo que aparece en pantalla para hacernos dependientes. Son las llamadas "tecnologías de búsqueda". ¿Y qué se nos muestra? Basado en los macrodatos, se personaliza la pantalla por completo y se nos muestra solo lo que nos gusta. Es verdad que no solo esto, también se nos presenta aquello que provocará nuestra ira o resentimiento, porque esto nos lleva a comentar o compartir los contenidos. En defintiva, la pantalla está absolutamente personalizada o, en términos más precisos, permite una manipulación absoluta.

Las consecuencias saltan a la vista. Si solo vemos en pantalla lo que nos gusta, nos hacemos narcisistas y el mundo se subjetiviza. Es tal la carga de subjetividad que nos

1 PASQUALE, F., *The Black Box Society. The Secret Algorithms that Control Money and Information*, Harvard University Press, 2015, pp. 19-100.

volvemos hostiles a las verdades de hecho antes comúnmente aceptadas pero que no nos resultan estimulantes. Esto es una seria amenaza a nuestro sentido de comunidad que se basa en la existencia de un mundo común objetivo y compartido. ¿Qué realidad común cabe si el mundo se nos presenta personalizado? Esto hace que esta forma de gobierno tenga una tendencia post-política, pues nos lleva a olvidar aquello que tenemos en común con los más cercanos, la pertenencia a una misma comunidad política.

2. ¿QUÉ HACEN LAS PLATAFORMAS CON LA ATENCIÓN COLECTIVA?

Difícilmente tendremos conciencia de que formamos parte de un mundo común si no nos preocupamos de temas comunitarios, si no dirigimos nuestra atención a algunos temas comunes. La crisis de la democracia representativa se dilata de manera preocupante desde hace décadas. El populismo, la desigualdad económica, el relativismo moral o la falta de conciencia comunitaria son algunos de los elementos alrededor de los que gira esta crisis. ¿Qué papel juegan en esta crisis las plataformas digitales? ¿Cómo han afectado a nuestra atención colectiva? Podemos esbozar una respuesta a partir de Jürgen Habermas. Al alemán hay que agradecerle que, a pesar de su ancianidad, no haya abandonado la pluma y que aborde precisamente este problema.

Según él, los medios de comunicación tienen una función fundamental en la democracia representativa. Para Habermas[2], *la fiabilidad, calidad y relevancia general* de las

2 HABERMAS, J., *A New Structural Transformation of the Public Sphere and Deliberative Politics*, C. Cronin (trad.), Polity, 2023, p. 49.

contribuciones es esencial. Y estas contribuciones, de relevancia general, deben dirigir la atención de todos los ciudadanos a los mismos asuntos para estimularles a formar sus propios juicios. Esta es su función: *dirigir la atención colectiva*. Una función que hoy se deteriora con el tránsito de los medios tradicionales a las plataformas. La aparición de las plataformas es de tal envergadura que la compara con el invento de la imprenta. Si la imprenta convertía a cualquiera en potencial lector, las plataformas convierten a cualquiera en potencial autor. Esto es un problema –continúa–, porque el contenido no pasa filtros profesionales.

Lo dañino de la nueva estructura de la esfera pública es que no es capaz de dirigir la atención colectiva a los asuntos relevantes. Las contribuciones en las plataformas no se filtran por su relevancia colectiva. En ellas domina *el entretenimiento, la emoción y la personalización*. Es la erosión del "portero" (*gatekeeper*) que en los medios tradicionales seleccionaba los asuntos de relevancia colectiva.

> "Con el triunfo de los imperativos de la economía de la atención […] los nuevos medios están intensificando las tendencias, bien conocidas por la prensa popular, hacia el *entretenimiento, emocionalización y personalización* de los asuntos de importancia para la esfera pública política"[3].

En efecto, la economía de la atención daña la función política de la esfera pública. Los medios tradicionales eran, sobre todo, *informativos*. Naturalmente, podían mentir, pero la mentira deja a salvo la verdad, al menos en un sentido: el que miente todavía conoce la verdad, aunque la niegue puntualmente, incluso si siempre lo hace. De hecho, afirmar algo falso no es mentir salvo que uno conozca la

3 *Ibid*. Énfasis mío.

verdad. El mentiroso conoce la verdad y afirma algo distinto[4]. En los medios tradicionales la información cumple una *función descriptiva*, puede ser juzgada como verdadera o falsa. La diferencia con las plataformas es que en ellas la información tiene una finalidad distinta. No busca *describir* la realidad, sino *prescribir* la conducta. Busca causar un efecto, captar la atención. La información es cautiva del modelo de negocio de las plataformas que obtiene sus ingresos de la publicidad. La información, por ello, no es juzgada por las plataformas por su adecuada descripción de la realidad. Es la *función prescriptiva*, que busca modificar la conducta ajena, la relevante aquí.

Sin embargo, hay que decir que este desapego hacia la verdad no es exclusivo de las plataformas, también ha estado presente en los medios de comunicación de masas. Tim Wu considera que la economía de la atención surge en el siglo XIX con la prensa amarilla en Nueva York[5]. El periódico pionero fue el *New York Sun* que se imprimió por primera vez en 1833. El diario se vendía por un penique, un precio que ni siquiera cubría los costes de impresión. El modo de ingresar dinero era innovador: conseguían una gran audiencia y luego "revendían" esa atención a los anunciantes. El comerciante de atención vive de la reventa de atención para ganar dinero. Igual que las plataformas cuyo modelo de negocio se basa en el publicidad. En este contexto, lo que se busca es la eficacia para captar la atención de la audiencia o el impacto de las contribuciones que aparecen en la prensa. No importa, por tanto, la descripción de la realidad, ofrecer una información objetiva, sino tener un impacto en el individuo.

---

4 HAN, B. C., *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*, J. Chamorro Mielke (trad.), Barcelona, Taurus, 2022, pp. 73-74.

5 WU, T., *Comerciantes de atención. La lucha épica por entrar en nuestro cerebro*, P. Zumalacárregui Martínez (trad.), Madrid, Capitán Swing, 2020, p. 29.

Los medios de comunicación de masas también han sido sumamente eficaces para captar la atención colectiva con fines perversos como en Alemania o en Ruanda. El receptor del pueblo (*Volksempfánger*) era una radio de bajo precio diseñada para las masas. Esta radio garantizaba al gobierno de Hitler un adoctrinamiento muy eficaz. La poderosa voz de Hitler irrumpía en el espacio privado de las casas lo quisieran o no sus inquilinos, pues se vigilaba con celo que todos escucharan al Fhürer. Por su parte, la Radio Televisión Libre de las Mil Colinas o Radio Ruanda tuvo un papel importante en las páginas más negras del país. Los mensajes que se vertían llamaban al exterminio de la población tutsi en el que fue el genocidio con mayor participación popular que se conoce.

Podría pensarse que, entonces, todo se reduce a dar buen uso a los medios de comunicación. Sin embargo, esto es decir demasiado poco. La radio y la televisión tienen una estructura anfiteatral. La emisión es recibida por todos por igual, lo que facilita un adoctrinamiento y repercusión directas. Las plataformas permiten crear contenidos a cualquiera y empujan de forma más clara hacia un tipo de información provocadora y sórdida, que los de la radio y la televisión porque están regidos por la economía de la atención. Lo anterior nos sitúa ante la irrelevancia de los criterios *descriptivos*, la irrelevancia de la verdad. La economía de la atención es tan contraria a la verdad como el utilitarismo lo es a la ética. En este sentido, las plataformas sí hacen de porteros (*gatekeepers*) frente a lo que señala Habermas. Las plataformas otorgan el papel de porteros a los algoritmos. El portero deja entrar a todo el mundo, pero algunos contenidos reciben una entrada con mejores prestaciones. Reciben más visitas, más visualizaciones, más seguidores. Esto es un incentivo para ser el tipo de contenido que recibe mejores prestaciones. De modo que sí hay un filtro, pero no se basa en la "fiabilidad, calidad y relevancia

general de las contribuciones". Un ejemplo de X: en esta plataforma el filtro se basa en ofrecer mejores prestaciones a los contenidos que empleen términos como "ataque, malo o culpa", tres términos clave para un buen posicionamiento. ¡Todo un impulso a la buena convivencia!

Teniendo presentes estos filtros, las "noticias falsas" no son un hecho aislado sino una consecuencia lógica de esta estructura. Están dentro del contenido privilegiado. Del mismo modo, la falsificación que permiten las nuevas herramientas tecnológicas, como las imágenes o vídeos verosímiles pero falsos, tampoco serán un hecho aislado. Precisamente, es fácil que las ultrafalsificaciones se disparen para crear contenidos eficaces para captar la atención. En este sentido, la censura de contenidos por diversas razones, igual que el cierre de cuentas, es acudir a las consecuencias ignorando las causas.

Un reciente artículo señala que las teorías de la conspiración responden al principio de placer[6]. El que las sostiene experimenta una satisfacción fisiológica. Lo interesante es que aquí tampoco rige el principio de que la información describe, sino el de que la información influye, impacta en la atención, seduciéndonos. Tiene razón Habermas cuando señala que las plataformas se deslizan hacia el *entretenimiento, la emocionalización y la personalización*. Esto es incompatible con la *fiabilidad, calidad y relevancia general* de las informaciones. Así, Nir Eyal deja claro lo que enseña en su libro para *comerciantes de atención*: "*Enganchado: Cómo crear productos que creen hábitos*". En los comentarios de la contraportada se dice: "Lo leerás. Luego desearás que tus competidores no lo hayan leído". Esta es la nueva esfera pública: una competición por enganchar a la gente, aunque haya que sacrificar la verdad por el camino.

---

6 HEFFERMAN, V., "The Intoxicating Pleasure of Conspiratorial Thinking", *Wired*, 25 de abril de 2022.

II. Digitocracia

"¿Cómo podemos consumir
la mayor cantidad posible de tu tiempo
y de tu atención consciente?"
Sean Parker,
primer presidente de Facebook

3. EL IDEAL: UNA SOCIEDAD SIN FRICCIONES

Hoy se anuncia con veneración casi religiosa que los datos vienen a gobernarnos por nuestro propio bien. Lo cierto es que el sueño de un mundo gobernado por la información no es nuevo. Ya Auguste Comte hace un par de siglos soñaba con un futuro político regido por la ciencia. Según su planteamiento, el método científico debe aplicarse a la sociedad dando lugar a una nueva ciencia, la "física social" o "sociología". Esta debe sacar a relucir las leyes que regulan las sociedades humanas. La sociedad humana ocupa el centro, pues "el hombre propiamente no existe, no puede existir más que la Humanidad"[7]. El individuo sería

7 COMTE, A., *Discurso sobre el espíritu positivo*, versión y prólogo de J. Marías, Madrid, Alianza, 1988, p. 94.

una categoría anticuada que hay que superar para lograr la utilidad común de las sociedades.

Esta visión científica de la sociedad va camino de realizarse en China. Sin embargo, no pocos desean dirigir también a Occidente hacia una sociedad regida por los datos. Hoy el aprendizaje automático de la máquina –inteligencia artificial, por su nombre comercial–, aspira a conquistar la política. Esta física social permitiría conducir la sociedad al mejor de los mundos posibles.

En la actualidad, el máximo representante de esta visión es Alex Pentland, ingeniero del MIT, pionero del internet de las cosas y de las tecnologías llevables. La utopía del dato que propone permitiría establecer una sociedad en la que el principio del rendimiento se lleva a su máxima realización. Así, todo ocurre según lo previsto. Es una sociedad sin fricciones:

> "Para los individuos lo atractivo es un mundo en el que todo está preparado para su conveniencia –escribe–: tu revisión médica está mágicamente programada cuando empiezas a estar enfermo, el bus aparece justo al llegar a la parada de autobús"[8].

Este mundo gobernado por los macrodatos es una utopía en la que grandes males pueden ser previstos y, por tanto, evitados. Pentland anuncia un mundo "sin guerras, ni crisis financieras".

La utilidad y la eficacia se convierten en los valores superiores. Estos se persiguen gracias a la ingeniería conductual que empuja, de forma más o menos sutil, al individuo

8 PENTLAND, A., *Señales honestas. El lenguaje que gobierna el mundo*, M. Keeling Maddox y A. Ponziano (trad.), Barcelona, Milrazones, 2010, p. 102.

a la solución más conveniente para el todo social. Puede ser gracias a una sugerencia en su móvil o al impedir el encendido del coche cuando está ebrio. La conducta individual debe de responder siempre a un interés superior y deben desincentivarse las relaciones humanas que no aportan rendimiento. En coherencia con este planteamiento, Pentland anuncia "la muerte de la individualidad" y considera la idea de "individuo racional" quizá el mayor error de la historia occidental.

Estas ideas de Pentland no son excentricidades que nadie toma en cuenta, pues es asesor del gobierno estadounidense, chino y de la UE. Además, su visión de la política es predicada y llevada a la práctica por todo el mundo por sus ochenta discípulos, también en la Comunidad Valenciana. Aquí su discípula es la prestigiosa ingeniera Nuria Oliver, una "evangelista de la inteligencia artificial" según la revista *Wired*[9]. Su experiencia en el uso de macrodatos en compañías telefónicas le permitió trabajar para el gobierno valenciano en la lucha contra la pandemia e indicar las políticas que emprender.

La eficacia y utilidad de los macrodatos es innegable, pero esas dos cosas *son lo único* que pueden ofrecernos. Además, para abrir el camino a los valores superiores de la utilidad y la eficacia, se nos exigen numerosas renuncias porque los datos ciegan el paso a bienes más elevados:

1. Renunciamos a vivir como seres humanos. Solo una sociedad de máquinas puede fundarse *exclusivamente* en la utilidad y la eficacia. Una sociedad automatizada es una pesadilla del rendimiento total. Vivir se convierte en formar parte de un

9 MARX, W., "How Valencia crushed Covid with AI", *Wired*, 8 de diciembre de 2021.

engranaje. La libertad vivida con los demás, así como lo fortuito y lo imprevisto son, precisamente, característicos de la vida humana.

2. Renunciamos a la democracia. Parafraseando a Chesterton, es mejor que determinadas cosas las hagamos nosotros, aunque sea mal, a que otros las hagan por nosotros (incluso bien). La democracia requiere discurso y participación del hombre común al que afectan las decisiones, porque es razonable que lo que a todos afecta sea decidido por todos. Los partidarios de la sociedad regida por los datos no creen en la democracia, no porque no crean en el buen criterio del pueblo, sino porque desconfían de las capacidades humanas. Apoyados en obras como la de Daniel Kahneman ofrecen un perfil del ser humano en el que su parte racional tiene un papel muy escaso[10]. El ser humano sería una criatura emocional, intuitiva, que apenas delibera antes de actuar.
3. Renunciamos a la ética. La ética no admite someterse al simple cálculo, la acción buena no guarda relación –más que de forma excepcional– con las consecuencias. Tampoco la ética política puede reducirse a estrategia o conveniencia.
4. Renunciamos a la belleza. Que la utilidad común pueda ser calculada es, en cierto modo, indiferente. No es un valor absoluto. La belleza, por ejemplo, es mucho más importante y es la antítesis de la utilidad, como saben los poetas. "El rincón más

10 KAHNEMAN, D., *Pensar rápido, pensar despacio*, 19ª ed., J. Chamorro Mielke, Barcelona, Debate, 2023, *passim*. Aunque los dataístas citen a Kahneman, por su enorme autoridad, esto no significa que su libro conduzca necesariamente a legitimar una sociedad regida por los datos.

útil de una casa son las letrinas" decía Théophile Gautier. En cambio, las acciones bellas y los monumentos bellos nos alegran la vida.

5. Renunciamos a la verdad. Si reducimos nuestro acceso al conocimiento a la información no seremos capaces de acceder a la verdad, o accederemos a una verdad parcial, demasiado restringida. La verdad no es accesible con datos, los datos no pueden *decir toda la verdad*. Lo que más vale la pena saber no puede contarse ni medirse con números. Más que cómo son realmente las cosas, vemos su velo, su revestimiento numérico u operacional. Y este revestimiento que vemos es precisamente lo que nos oculta lo que son. "La verdad misma se nos oculta tras el velo de lo positivo del ser"[11].
6. Renunciamos a pensar. Si consideramos que el llamado sistema 2 que modela como pensamos, sobre todo lo que hace es calcular, es fácil delegar en las máquinas, pues las máquinas calculan mucho mejor. Sin embargo, pensar tiene un carácter personal, no es reducible al cálculo. "¿Podemos renunciar a lo que merece pensarse, a favor del delirio del pensar exclusivamente calculador y sus gigantescos logros?" (Martin Heidegger).

Por suerte, nada de esto es inevitable. La discrepancia de muchos puede evitar que el despotismo del dato llegue algún día a realizarse.

---

11 RATZINGER, J., *Introducción al cristianismo*, J.L. Domínguez Villar (trad.), 15ª ed., Salamanca, Sígueme, 2009, p. 167.

4. EL CONTEXTO: LA HIPER-ABUNDANCIA INFORMATIVA

Los elementos positivos de la tecnología no hace falta recordarlos. Hay una maquinaria extraordinaria de marketing que se dedica a promocionarlos. En el ámbito material, de infraestructuras o de salud, los avances son innegables. Mucha gente vive hoy gracias a los avances médicos y el bienestar ha aumentado de forma extraordinaria. En lo que se refiere al espíritu la cosa es más complicada. Pongamos el ejemplo del acceso a la cultura. Quizá un elemento positivo es el acceso a bibliografía o a hemerotecas con gran rapidez. Salta a la vista su valor si uno quiere investigar un tema. Ya no hay que desplazarse, lo que quizá supondría un coste inasumible. Ahora bien, cabe dudar de que ese acceso a la información suponga acceso al conocimiento. El conocimiento no puede ser buscado, localizado y "cazado". No admite la lógica del cazador que persigue y toma la pieza en un solo movimiento. El conocimiento requiere, en cambio, tiempo para cultivarse. Tiempo. Requiere el esfuerzo persistente y duradero del individuo en adquirir formación. De ahí que sea más adecuado hablar de que el conocimiento se cultiva.

La información accesible no *forma* al individuo. La información no forma de manera necesaria. La información sin una atención sosegada *no es formativa*. Es algo que no deja poso, no transforma, no educa. Se *tiene* por un tiempo. En cambio, el conocimiento a uno le *constituye*. El problema no es solo que el mero acceso a la información no baste para conocer. Es que, ¡el exceso de información impide adquirir conocimientos! Herbert Simon –economista e ingeniero informático– lo señala de este modo: "lo que consume la información es evidente: consume la atención de los que la reciben. Por lo que la riqueza de información crea

pobreza de atención"[12]. Y sin atención es imposible adquirir conocimiento.

Ahora bien, lo que ha contribuido a inundar el mundo de información y dejarlo desfasado en pocos minutos no han sido las bibliotecas virtuales. Han sido las redes sociales. Si solo tuviéramos acceso a bibliotecas virtuales el deterioro atencional sería sin duda menor. ¿Quizá habría un equilibrio adecuado entre acceso a la información y atención? Probablemente tampoco. En un librito escrito muchos años antes de la aparición de internet, *El trabajo intelectual*, Jean Guitton insiste en que lo primero necesario para pensar es huir de la abundancia, incluso de la abundancia de libros:

> "Nuestra civilización, completamente saturada de conocimientos y de medios de saber, ofrece tantas máscaras y tantas falsas bases que el hombre ya no sabe qué es lo que sabe y qué es lo que ignora"[13].

Hoy la situación es mucho peor. La abundancia y la actualidad nos han fagocitado por completo. Estamos sumergidos en una red que nos tiene atrapados. Aunque a la gente le horrorice el *smartphone* y se sepa dependiente, muchos consideran que prescindir de él les aislaría de los demás. La combinación del *smartphone* y las redes sociales se ha demostrado sumamente dañina para la salud de los adolescentes, como ha señalado Jonathan Haidt, uno de los psicólogos más reputados del mundo[14]. Hoy vivimos

---

12 SIMON, H., "Designing Organizations for an Information-Rich World" en *Computers, communications, and the public interest*, M. Greenberger (ed.), Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1971, p. 40.

13 GUITTON, J., *El trabajo intelectual. Consejos a los que estudias y a los que escriben*, 6ª ed., F. J. de Fuentes Malvar (trad.), Madrid, Rialp, 2022, p. 18.

14 HAIDT, J., *La generación ansiosa,* V. Puertollano López (trad.), Bilbao, Deusto, 2024.

inmersos en algo así como un gran organismo digital. Un metabolismo artificial. En él estamos atrapados, pero no somos más que un elemento del engranaje. Nuestra actividad digital o nuestros datos, aislados, no tienen valor económico. Nuestra tarea y el valor de nuestros datos adquiere valor por agregación.

5. LA MATERIA PRIMA: LOS METADATOS

Para comprender qué son los metadatos no viene mal comparar el orden digital actual con un gran metabolismo artificial. ¿Qué es un metabolismo? Un metabolismo está constituido por un gran número de procesos químicos que tienen lugar en el organismo. Pone de manifiesto el poder de los seres vivos de transformar unas sustancias químicas en otras para lograr satisfacer determinadas funciones vitales. Igual que el cuerpo humano debe satisfacer ciertas funciones, el metabolismo de las redes sociales tiene las suyas. Estas son funciones mercantiles, encaminadas al lucro basado en la publicidad.

El metabolismo de las redes sociales es el resultado de una tecnología seductora, manipuladora y, muchas veces, adictiva. Nos seduce porque ofrece gratificaciones psicológicas. Es manipuladora porque engaña. Y, muchas veces, es adictiva, porque sabe cuándo pulsar la tecla de nuestras tendencias en su favor. Conecta a los usuarios a través de estímulos emitidos por otros usuarios, de manera que se afianza horizontalmente. Los creadores de las redes tienen que asegurarse de que la forma de la comunicación esté psicologizada con independencia de su contenido. Los individuos están conectados a través de círculos de estímulos psicológicos.

Para que el metabolismo funcione los usuarios tienen que reaccionar de acuerdo con formas de modificación conductual. Estos mecanismos les mueven a hacer o no hacer lo que es rentable. Inmersos en un proceso que no pueden entender –o no por completo, o sobre el que apenas han pensado–, los usuarios se comportan como enzimas que convierten proteínas en aminoácidos en un metabolismo humano. Qué exageración, podría pensar uno. ¿Acaso no somos libres? Las redes han sido creadas por las mejores mentes de nuestra generación, quienes saben más de nosotros que nosotros mismos y explotan deliberadamente nuestro cerebro emocional y automático. Ellos mismos lo dicen claramente, como Nick Eyal en su libro "Enganchado", sobre cómo crear tecnología adictiva, una tecnología que se ha llamado el "cigarrillo de nuestra generación". Pero a diferencia de otras adicciones, la dependencia tecnológica afecta a nuestra percepción, a nuestra relación con los demás y agrega demasiado peso en la balanza del poder al que posee la tecnología y los datos. Algunos le llaman alarmismo a llamar a los bomberos mientras la casa se incendia. Algunos consideran que todo es un problema de voluntad, pero vemos como casi toda la sociedad ha sucumbido a la dependencia del *smarthphone*. Quizá no es alarmismo, sino dar la voz de alarma.

El metabolismo digital es fundamental porque permite afianzar una audiencia permanente para vender a los anunciantes. Además, este metabolismo es una fuente inagotable de metadatos. Las plataformas crean metadatos para sí mismas, sus desarrolladores y para los brókers de datos que acceden a ellos. Nosotros los producimos cada vez que abrimos una aplicación. Dejamos huellas, rastros que, como las migas de Pulgarcito, solo adquieren relevancia cuando se relacionan entre sí. Los metadatos son algo así como datos secundarios o relacionados con un dato

principal, pero no por ello son menos relevantes. En una publicación en una red social la imagen o el texto son *los datos*. Son *el contenido*. En cambio, los metadatos son *los datos sobre ese contenido*. Estos son, por ejemplo, el número de me gustas, el número de veces que se ha visto, la fecha, el lugar de la publicación o el tiempo que se ha tardado en crearla. El contenido remite, en principio, a la realidad –como la imagen remite *a la persona o al lugar* que aparece en ella–. Los metadatos remiten, no a la realidad, sino al contenido –no a la persona, sino *a la imagen*–.

¿Por qué son útiles los metadatos? Permiten catalogar los datos, almacenarlos y encontrarlos con facilidad. Los metadatos de un archivo en nuestro ordenador –que guarda la fecha de última modificación–, nos permiten encontrarlo rápidamente. Así, los metadatos permiten contar, calcular y establecer correlaciones. Por ejemplo, el número de veces o la hora a la que uno escribe mensajes a otro teléfono revela el estado de su relación con el titular de la línea. La cercanía afectiva, los altibajos, los enfados, etc. Esta información no nos dice nada *a priori* del contenido que uno comunica a través del teléfono, pero con ella agregada a grandes volúmenes de datos se pueden indicar los contenidos más probables.

Los metadatos son lo relevante en internet. Esto es como decir que lo relevante no es el contenido que *representa* la realidad (por ejemplo, la imagen). Lo relevante es el *impacto* de la imagen. Y su impacto nos lo indican los metadatos. Lo que importa de la publicación es cuánta atención capta, no su contenido. También los metadatos que se nos muestran, me gustas, reenvíos, etc., hacen adictiva la aplicación: queremos volver a por más. Queremos que los números y la aprobación social crezca.

Los metadatos suponen, además, un reto para la comprensión colectiva. Siempre hemos asociado la pérdida de

intimidad con los chismes y chismorreos (en estos términos se expresaban los abogados que acuñaron el término "derecho a la intimidad"). Solemos tener reticencias en que se sepan intimidades nuestras, aunque el pudor no sea la virtud más característica de nuestro tiempo. El problema es que los metadatos no suponen *contenido*. Whatsapp no puede leer nuestras conversaciones. Tampoco le interesa, solo recoge metadatos.

Y uno puede decir, ¿qué más da que los recojan? ¿Acaso les otorga algún poder? ¿Acaso saben algo relevante de nosotros? Importa. Sí. Los metadatos ofrecen una información conductual de primer orden. De ella se pueden conocer patrones de comportamiento colectivos. El inventor del internet de las cosas, Alex Pentland, no duda del poder de los metadatos. Considera que estos "nos dan una perspectiva con ojos de Dios"[15], una suerte de nueva trascendencia. Los datos tendrían una capacidad que antes era privativa de Dios, como la de "desnudar el alma" de las personas. Los metadatos nos hacen transparentes.

Pero se puede acudir a otros testimonios. Hace ya diez años un asesor de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA) de Estados Unidos, Stewart Baker, señalaba: "Los metadatos te dicen absolutamente todo acerca de la vida de alguien. Si tienes suficientes metadatos, realmente no necesitas el contenido"[16]. Recientemente Tristan Harris señalaba que las aplicaciones no necesitan escucharnos por el micrófono del teléfono como a veces creemos: solo con los metadatos pueden prever qué conversaciones hemos tenido. "El gobierno de Estados Unidos mata en base a metadatos" señaló Michael Hayden, director de la agen-

15 PENTLAND, A., cit., p. 11.

16 PEIRANO, M., *El enemigo conoce el sistema*, Madrid, Debate, 2019, p. 105.

cia antes citada. Esto es tan escalofriante como difícil de entender para los legos en la materia, pero debemos saber que todo lo que hacemos en línea va formando un perfil de nosotros, aunque jamás revelemos explícitamente nuestras intimidades.

Necesitamos estos esfuerzos de comprensión para saber a qué nos enfrentamos y cómo estas herramientas pueden modelar la sociedad. Y cabe preguntarse qué hacen nuestros legisladores obviando problemas tan grandes como estos en la sociedad digital en la que vivimos. De forma muy sorprendente, los metadatos están completamente ausentes del Reglamento aprobado por la UE en materia de protección de datos.

6. EL COMBUSTIBLE: LA ATENCIÓN HUMANA

¿Vivimos un totalitarismo digital? Si está usted entre los críticos quizá se apresurará a decir que sí. La preocupación ante las amenazas a la democracia y a la libertad que supone la digitalización lleva a algunos a hablar así. Según ellos vivimos un "*soft*-totalitarismo digital"[17], un "totalitarismo sin ideología"[18] o una "dictadura digital"[19]. Comparto la preocupación por los peligros de la digitalización. Pero creo que no a todas las formas de poder les sienta bien el traje conceptual del totalitarismo. ¿Quién ha abierto una cuenta de Tik Tok bajo amenazas? ¿Quién se ha descargado Instagram por temor a represalias? Las plataformas

17 SADIN, E., *La silicolonización del mundo*, M. Martínez (trad.), Buenos Aires, Caja Negra, 2018, p. 131 ss.

18 HAN, B. C., *Infocracia*, cit., p. 21.

19 LASALLE, J. M., *Ciberleviatán*, Barcelona, Arpa, 2019, p. 139.

no infunden ningún temor: en Occidente no existe un *Ciberleviatán*.

Otra cosa es el poder digital de estados, como China, que es una herramienta para la dictadura. En este caso, los macrodatos son útiles para controlar a la población y dirigir su conducta. De acuerdo. Este es un poder digital *duro*. En casos así podría hablarse de dictadura digital. Pero las grandes empresas tecnológicas surgidas en el ambiente libertario de Silicon Valley nada tienen que ver con esto. De una dictadura totalitaria uno espera que le coaccionen y le amenacen, pero Google y Facebook no funcionan así. Tienen un poder *blando* y, al fin y al cabo, es sobre todo este poder el que nos afecta en Occidente.

Por ello, quizá debamos andar, por un tiempo, a tientas en busca de una denominación adecuada para este nuevo poder. Nuestra situación es semejante a la de Tocqueville cuando detectó que había surgido un poder totalmente novedoso. Tampoco él encontraba un término adecuado para esa "servidumbre arreglada, dulce y apacible"[20], un poder tutelar que infantiliza a los hombres y los orienta al goce. A ese poder, decía, no le convienen las voces antiguas de despotismo o tiranía. A vino nuevo, odres nuevos: a experiencias nuevas, nuevos conceptos.

El poder de Tik Tok o Instagram sobre nosotros es un poder *complaciente*. ¿Por qué razón se confunde con el totalitarismo? ¿Qué tenía de complaciente Hitler? ¿Y Stalin? La razón es quizá que las plataformas sí tienen algunos elementos en común con el totalitarismo.

---

20 TOCQUEVILLE, A. de, "Capítulo sexto. Qué clase de despotismo deben temer las naciones democráticas", *La democracia en América*, tomo II, Madrid, SARPE, 1984, p. 265 y ss.

La vigilancia permanente de los individuos suele ser un argumento para indicar que, al fin y al cabo, se trata de totalitarismo digital. El panóptico digital, como lo llama Byung-Chul Han[21], se desentiende de los criterios analógicos que delimitan las esferas de la existencia humana: privada, social y pública. Todo se vigila, nuestros datos personales se venden y revenden. Constantemente nos llaman desconocidos por teléfono que conocen nuestro nombres y saben dónde vivimos. Sospechamos que la legislación en materia de protección de datos es una mascarada como señala Vicente Bellver, una especie de burla que permite blanquear un modelo económico basado en el registro masivo de la experiencia humana. Además, también se espía la mente de la persona pretendiendo desnudarla a través del rastro de sus metadatos o a través de las neuro-tecnologías.

Otro elemento común, aunque menos señalado, es que el poder digital fomenta la soledad igual que el totalitarismo. Una soledad que desactiva toda posibilidad de disidencia y convierte este poder en mediador de todas las actividades humanas.

La soledad digital no parece significar aislamiento, no al menos si lo entendemos como incomunicación. Al contrario, se predica la sociabilidad –de ahí, las "redes sociales"– y se fomenta la comunicación. Pero esto no significa necesariamente verdadera relación. La comunicación digital es, sobre todo, un intercambio de complacencias psicológicas. Mucha gente le da al "me gusta" solo por complacer a un amigo, o por recibir otro tanto. Y lo que está claro es que el poder digital fomenta lo incorpóreo, lo inmaterial: excluye el cuerpo.

Fomenta una comunicación sin cuerpos. Se prescinde de toda mediación corpórea y material. La comunicación

21 HAN, B.C., *Capitalismo y pulsión de muerte,* A. Ciria (trad.), Barcelona, Herder, 2022, pp. 47-54.

directa entre cuerpos no se deja explotar económicamente. Por eso, se procura evitar la intimidad de los cuerpos y reemplazarla por la mediación permanente de la tecnología. El cuerpo ya no es necesario. Pero una comunicación así no sacude la soledad, sino que la promueve. La máxima compañía, la única compañía auténtica, se logra de la presencia del otro: con su cuerpo. En los entierros no es extraño que los familiares se abracen para experimentar la presencia del que todavía nos acompaña y nos alivia el pesar por el que ya no abrazaremos, al menos, en este mundo. El poder digital puede ser visto como un placebo ante la falta de relaciones sociales normales, corpóreas e íntimas. Un placebo porque una comunicación que es sin cuerpo no puede sustituir las relaciones normales.

Los dos elementos previos –vigilancia y soledad– parecería que permiten denominar este poder como totalitario. Sin embargo, este poder no es totalitario por, al menos, cuatro razones.

La primera: *la digitocracia debería contar con un líder soberano para ser totalitaria*. Pero internet se caracteriza por la ausencia de un soberano. ¿Quién es el soberano? ¿Mark Zuckerberg, el director ejecutivo de Meta? ¿Satya Nadella de Microsoft? ¿O quizá Sundar Pichai de Google o Tim Cook de Apple? Ninguno de ellos es soberano. Precisamente la competencia entre empresas es lo que acelera la vertiginosa carrera por captar nuestra atención. Son empresas que solo se mantienen a flote con una agresiva competencia y tienen la necesidad de estar siempre a la vanguardia. Por eso los productos se lanzan precipitadamente al mercado, por temor a quedarse atrás. Esto produce algo semejante a lo que en el ámbito ecológico se ha llamado "la tragedia de los bienes comunes". Las empresas piensan que si no son las primeras en lanzar una tecnolo-

gía alguien se les adelantará, y esto tiene muy malas consecuencias sociales. Si una encuentra un mecanismo adictivo, las demás se ven empujadas a copiarlo para no quedarse atrás.

La segunda distinción es central: la *forma de manifestación de este poder*. El poder puede manifestarse de muy diversos modos. El poder coactivo es el que infunde temor con una amenaza de castigo. El poder complaciente o seductor ofrece una gratificación. El régimen totalitario emplea el primero, el poder digital el segundo. ¿Por qué el poder digital es un poder complaciente? Los creadores de las redes se han formado en el Laboratorio del diseño de la conducta de Stanford en el que se estudia cómo diseñar tecnología que dirija la conducta humana sin que el individuo perciba esa manipulación. Y esto se hace, por ejemplo, con el llamado "*clickbait*" (anzuelo de clicks), con noticias llamativas para incitar a hacer click. La noticia seduce al usuario que, después de entrar en ella se dará cuenta de que ha sido manipulado. Del mismo modo las redes nos seducen con sus gratificaciones narcisistas en forma de me gustas y seguidores.

Pero, ¿por qué captar la atención? El poder digital *blando* es una manifestación de la economía de la atención. Tiene una finalidad perfectamente identificable: el lucro económico. Busca captar la atención para revendérsela a los anunciantes. El 98% de los ingresos de Meta proceden de la publicidad. Si los metadatos son el motor que mantiene en marcha el poder digital, lo que este poder consume, su combustible, es atención. El director ejecutivo de Netflix señalaba que su competidor no era HBO o Amazon, sino el sueño de los usuarios. Uno podría pensar que este modelo de negocio hace a la gente dormir un poco menos o perder más el tiempo, pero esto sería rebajar mucho su influencia: las consecuencias de esto son extraordinariamente

graves. El poder digital ha cercenado las tres manifestaciones de la atención. La atención en relación al hacer, al ser y al conocer. Esto lo dice con particular agudeza, no un teórico ludita encerrado en su torre de marfil, sino alguien que sabe de lo que habla. Lo dice James Williams, un extrabajador de Google que se hartó de la empresa y se fue a Oxford a hacer una tesis en filosofía. Según él, el poder digital cercena tres tipos de atención[22].

La primera es la atención como la capacidad que permite realizar una tarea determinada: una sola tarea al mismo tiempo. Según el neurocientífico Earl Miller lo que hace la mente no es simultanear tareas, sino alternarlas. Y la fuerza de la atención decae ante más alternancia, de esto todos tenemos experiencia. El engañoso término "multitarea" procede de la extensión al ámbito humano de un término inicialmente referido a máquinas. A máquinas inventadas en los años sesenta del siglo pasado que contaban con más de un procesador para poder hacer dos cosas a la vez. Eran máquinas "multitarea".

El famoso psicólogo Daniel Kahneman puntualiza que podemos hacer varias cosas a la vez solo si son fáciles y cómodas, como conducir por una carretera vacía y hablar con el acompañante. Si hay que adelantar a un camión lo natural es que se deje de conversar[23]. En fin, esta atención orientada al *hacer* es fundamental para alcanzar la excelencia en cualquier ámbito. Las grandes personalidades a las que la historia tributa honores han sido constantes en algo. Y más importante que eso: "la atención que prestamos a algo es el termómetro exacto de nuestro amor. El amor es

22 WILLIAMS, J., *Clicks contra la humanidad. Libertad y resistencia en la era de la distracción tecnológica*, A. Gibert (trad.), Barcelona, Gatopardo, 2021, pp. 71-110.

23 KAHNEMAN, D., *Pensar rápido, pensar despacio*, cit., p. 38.

un estado de atención completo" recuerda Pablo d'Ors. ¿Y quién no desea amar o, al menos, ser amado?

Lo que deteriora esto es la *distracción funcional*, la interrupción de lo que hacemos. Las notificaciones digitales, virtualmente infinitas, son el mejor ejemplo de esto. Pero al vivir fragmentados, muy sujetos a la tecnología, acabamos por buscar una auto-distracción, tendemos a aburrirnos de cualquier actividad y buscamos "descansar" distrayéndonos. Esto aumenta nuestro estrés, la ineficacia de lo que hacemos y ofrece una vía de acceso rápido a las preocupaciones, que no son otro cosa que distracciones.

El segundo tipo de atención que se deteriora es aquella atención en el tiempo que permite constituir nuestro yo diacrónico conforme a lo que consideramos bueno. Se trata de nuestro proyecto vital. Su deterioro viene de la *distracción existencial* que supone abandonar nuestros fines por los de la plataforma. Por ejemplo, un periodista puede abrir una cuenta de X para informar sobre un tema, lo que es conforme a su vocación como periodista y a su proyecto vital. Pero es posible que el diseño de X le empuje a priorizar tener éxito en la plataforma por encima de informar y que acabe publicando aquello que capta más atención y tiene más repercusión, aún a riesgo de traicionar su propia ética periodística y su proyecto vital.

La tercera es la atención que nos permite conocer. Todo conocimiento requiere atención, ausencia de distracciones. Por eso el pensamiento surge más adecuadamente en el silencio, en la escasez de estímulos. Esta atención se deteriora mediante la *distracción epistémica*, que es la más grave y dañina de todas. En particular, las conocidas "burbujas de información" en las redes sociales refuerzan las creencias e identidades de los usuarios, que no se exponen a opiniones opuestas. Esto amenaza la fundamentación

epistémica de la democracia que se basa en la posibilidad de diálogo con el distinto. Dificulta por igual un debate racional orientado al consenso, pero también un sano conflicto, al no estar expuesto uno a opiniones ajenas. A un nivel más profundo, como ya hemos visto, el poder digital blando toma la verdad como irrelevante. El poder digital gobierna la información mediante algoritmos que no la juzgan por su veracidad sino por su eficacia para captar la atención. La verdad sobre los hechos –el último bastión de nuestra conciencia de comunidad política una vez desaparecido cualquier *ethos* común– es socavada por el orden digital.

Hoy nos preocupan mucho, al menos de palabra, los combustibles fósiles, que la Tierra ofrece de forma limitada y que empleamos para gran cantidad de cosas como transportar mercancías o viajar. Debemos buscar formas menos depredadoras de utilizar la naturaleza. Eso está claro. ¿Pero no será más preocupante la depredación de la atención humana? Este es el combustible de la economía de la atención que frívolamente aceptamos consumir. Un combustible que consumimos reenviando contenidos-basura a nuestros contactos o creando contenidos para las tecnológicas.

7. EL MOTOR: EL PLACER

El poder digital es ejercido por tres tipos de sujetos. El poder digital coactivo (o duro) es el propio de los estados, el poder digital individual (pues el acceso a la tecnología digital y a la IA es un poder accesible a cualquiera) y el poder digital complaciente (o blando) de las grandes empresas tecnológicas. Centrémonos en el último, como venimos haciendo. Este poder es una forma de gobierno *de facto* que

regula, en gran medida, el modo en que vivimos y nos relacionamos los seres humanos.

En primer lugar, regula la comunicación humana mediante sus algoritmos. Los algoritmos son las instrucciones que tienen las máquinas para manejar y procesar datos[24]. Pero lo interesante es que, los más complejos no son simples instrucciones que tengan un resultado predecible. Son dinámicos porque mantienen una relación dialéctica con su entorno, aprenden y evalúan mediante bucles de retroalimentación, lo que permite respuestas graduadas. Se habla de que el algoritmo es la nueva ley, pero la ley es igual para todos, y el algoritmo es adaptativo y personaliza. Por tanto, se parece más a un guardián, a un juez o a un moderador del discurso.

En segundo lugar, el poder digital tiene su cadena de mando: los individuos responden a esa información gobernada por la máquina, gobernada a su vez por los dueños de las grandes tecnológicas (Google, Amazon, Meta…) que están gobernados por los dueños de los grandes fondos de inversión que invierten en ellas (Black Rock, etc.).

Tercero, el algoritmo presenta la información a la que atenderán los individuos y genera prácticas sociales. Ya no es de mala educación mirar el móvil mientras hablamos con otros, revisamos constantemente el teléfono, hemos dejado de leer libros y de escribir en papel. No tenemos tiempo o, creemos no tenerlo, porque no controlamos nuestra atención. Ni en el mejor de sus sueños un gobernante absoluto tenía tanto poder y de eficacia tan rápida para modificar las prácticas sociales de sus súbditos. Pero, ¿cómo ha sido

24 BLANCO MARAÑÓN, N., "Qué diría Aristóteles de la inteligencia artificial. El futuro que nos espera sin olvidar el pasado del que venimos", *Telos*, nº 23, 2023, pp. 34-39.

posible modificar la sociedad tan rápido? ¿qué tiene el poder digital que lo hace tan persuasivo? Aventuremos una posible respuesta a través de Montesquieu.

Según Montesquieu las formas de gobierno no se distinguen simplemente por el número de gobernantes: uno en la monarquía, los mejores en la aristocracia o el pueblo en la república. Se distinguen también por lo que lleva a los individuos a actuar en cada comunidad política: valor, distinción, virtud o gloria. Es el llamado principio inspirador de la comunidad. El de la tiranía, por ejemplo, es el temor. El temor recíproco del tirano hacia los súbditos y de estos hacia el tirano. Y el temor, señala Hannah Arendt, se basa en la experiencia de la soledad. El aislamiento solitario lleva, muchas veces, a la desconfianza y temor hacia los demás[25].

¿Qué diría Montesquieu del poder digital? ¿Qué mueve a actuar a sus súbditos? La respuesta podría ser: el principio de placer. El placer y no el temor. Curiosamente, el placer parece encontrar su anclaje también en la experiencia fundamental de la soledad: la soledad de atender al propio cuerpo y sus reclamos, o a la psique, y sus quizá todavía más caprichosos reclamos. Desde un punto de vista social el problema de poner en el centro el placer es que supone otorgar importancia a una experiencia subjetiva. Con razón dice Aristóteles que los animales solo se comunican para expresar *el placer y el dolor*, su naturaleza no va más allá, pero "la palabra [humana] es para manifestar lo conveniente y lo dañino, lo justo y lo injusto, y es exclusiva del hombre […] y la comunidad de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad"[26].

---

25 ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, G. Solana (trad.), Madrid, Alianza, 2006, p. 640.

26 ARISTÓTELES, *Política*, I, 1253a.

Es verdad que hay placeres elevados, como leer una buena novela o contemplar un cuadro, pero este no es el dominio de la digitocracia. Como decíamos, poner en el centro el placer parte de la experiencia de la soledad. Fomentar el individualismo permite que las personas se centren en satisfacer sus placeres inmediatos a través de la tecnología. El debilitamiento de los lazos sociales tiene que comenzar por su unidad más básica si quiere tener un éxito completo.

Como vio Huxley, el poder basado en el placer requiere la destrucción de la familia. Solo se puede hacer dócil a la masa si se la disgrega o el elemento que la une está monopolizado por el poder. Divide y vencerás. ¿Quién puede darse desinteresadamente por una causa social o política si no ha recibido el amor desinteresado de su familia? La comunidad política difícilmente puede ser grande si no se basa en la fuerza de su unidad fundamental. Y sin esa fuerza, fácilmente cae en la dominación.

El poder digital ha encontrado el terreno sembrado. No ha tenido, en este sentido, mucho que hacer, pues la familia lleva tiempo destruida, al menos, en los países occidentales. En España más de cinco millones de personas viven solas, e imagínense qué hacen cuando no tienen nadie con quien hablar. La tecnología seguirá llenando ese inmenso vacío, salvo que volvamos a recuperar el deseo de estar juntos. Este deseo no supone una renuncia al placer, sino una auténtica aspiración a la felicidad.

8. LOS FABRICANTES: LOS INGENIEROS SILICONIANOS

El término griego "*mythos*" significa "una desconcertante multitud de cosas […] palabra, discurso, conversa-

ción, proverbio […] historia, relato, saga, fábula" y posiblemente se da preferencia al sentido de "historia inventada, 'no verdadera'"[27]. El racionalismo *solo* ve en el relato mítico *algo inventado*, no científico, lo que es una enorme pérdida. Los cuentos de hadas de los niños son mitos y, en general, los relatos que los seres humanos nos contamos (*o nos contábamos*) nos enseñan mucho de la vida. Dice Chesterton que los cuentos de hadas nos enseñan que en la vida existen límites. "Toda la felicidad dependía de no hacer algo que se puede hacer a cada instante y que, en general, ni siquiera se entiende por qué se ha de dejar de hacer". Cenicienta, por ejemplo, debía dejar el baile antes de las doce, pero no sabía la razón.

La modernidad científica no escucha la sabiduría que antes se transmitía a los niños: la vida posee límites. Estos límites son transmitidos por la autoridad de los padres. Pero es el poder desatado y terrible, y no la autoridad, lo que ha dominado la modernidad hasta su cierre. El totalitarismo es un fenómeno de la dominación que consiste en afirmar "Todo es posible"[28]. La autoridad en cambio dice: existen los límites.

Hace poco se hizo una entrevista informal a miembros de empresas que están marcando los atropellados avances de la llamada inteligencia artificial general en busca de los motivos más profundos de su empeño. El entrevistador concluye que los tecnólogos piensan lo siguiente: 1. Consideran algo bueno e inevitable la sustitución de la vida biológica por la digital. 2. Tienen el deseo de hablar con la entidad más inteligente que jamás hayan conocido. Y señalan: "Es emocionante prender un fuego". Sienten que

---

27 PIEPER, J., *Sobre los mitos platónicos*, C. Gancho (trad.), Barcelona, Herder, 1984, p. 6.

28 ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, cit., p. 429.

morirán de cualquier manera, así que prefieren encenderlo y ver qué pasa.

Los tecnólogos transhumanistas han olvidado los viejos cuentos de hadas. En particular han olvidado el aprendiz de brujo[29]. Este relato hunde sus raíces en el antiguo Egipto, fue llevado a un poema por Goethe y es conocido por el gran público por el largometraje de Disney llamado "Fantasía". El relato es más o menos así. Un aprendiz de brujo se queda solo porque el Gran Maestro se marcha encargándole que llene un recipiente de agua. El aprendiz decide que puede usar su magia para ahorrarse trabajo: "¡Vieja escoba, sin demora / Toma tu traje harapiento! / Siempre has sido sierva, ahora / Cumplirás mi mandamiento!". La escoba hechizada cumple su cometido, pero el joven brujo ha desatado una fuerza que no sabe cómo parar. Solo la llegada del Gran Maestro puede detener el terrible hechizo que inunda ya toda la casa.

Las grandes empresas a la vanguardia de la IA lanzan hechizos aquí y allá desatando fuerzas que les superan y que no saben cómo repercutirán en el mundo. Es verdad que no se trata de ninguna magia, sino de técnica. Pero lo que nos enseña el relato del aprendiz de brujo es que hay que respetar la autoridad, los límites y no caer en un estúpido optimismo. El problema de los ingenieros de Silicon Valley es que no tienen un Gran Maestro. No tienen nadie por encima que vaya a detener el desastre. Son contrarios a la autoridad por naturaleza. Han nacido en Palo Alto, el extremo occidental de nuestra civilización, donde han surgido grandes emprendedores y premios nobeles, pero donde hay una tendencia a pensar que no hay más reglas de juego que las que ellos mar-

29 SCHREI, J., "Can Myth Teach Us Anything About the Race to Build Artificial General Intelligence?", *Your Undivided Attention* (podcast), 18 de enero de 2024.

can. No hay más límite que lo técnicamente posible, ni más objetivo que sacar rentabilidad a los productos. Este problema californiano, que ha devenido mundial, por la expansión de las tecnológicas, es muy viejo: *Quis custodiet ipsos custodes?* ("¿Quién vigila a los vigilantes?"). Desde hace siglos hemos optado por tratar de que el Derecho constituya un límite al poder, también al técnico.

Cuando se lanza nueva tecnología nuestro mundo se vuelve mucho más complejo, no más sencillo. Ni nuestro lenguaje ni nuestro Derecho son capaces de dar cuenta de estos cambios, o lo hacen a duras penas y con enorme retraso. Apenas empezamos a comprender las redes sociales creadas hace dos décadas y, aún así, la mayor parte de la gente conserva ideas erróneas sobre ellas y de ninguna manera el Derecho ha logrado regularlas. Y ahora añadiremos a las redes, nuevos hechizos que, arrojados al mundo, no sabremos como desarmar: IA generativa o la capacidad de fabricar falsedades verosímiles a escala, en vídeo, audio o texto, la capacidad de crear atroces falsedades en minutos.

La irresponsabilidad de los ingenieros supera al aprendiz de brujo. No se trata *solo* de lanzar un hechizo sin saber cómo deshacerlo, ellos ofrecen frívolamente el libro de hechizos a la humanidad entera, de modo que el cambio que producen con sus inventos es exponencial. La arquitectura de internet convierte a cualquiera, sin filtros, en potencial aprendiz de brujo. Esta estructura "abierta" de internet no es, en este sentido, nada positiva. Conceder ciertos poderes a toda la población es aumentar el riesgo y la inseguridad que ya derivan de su uso por unas pocas personas. Además, esto supone sacudir al ser humano de su lugar en el mundo, allanar el camino de la prescindencia del ser humano. Un ejemplo: antes el arte era monopolio del ser humano, ahora la IA generativa es capaz de "copiarnos" de forma tan sofisticada que no podemos distinguirla de un ser humano.

Todo maestro, recuerda Josh Schrei, educa con paciencia, dice que "No" al discípulo, "Todavía no estás preparado". La sabiduría del "No", incluso del "Nunca", es la sabiduría de la autoridad, también de los padres. El aprendiz de brujo al equivocarse tuvo una autoridad a la que recurrir. Quizá hasta que no recuperemos la autoridad no podremos recuperar la cordura.

9. UN GOBIERNO SIN IDEOLOGÍA: EL HIPERRACIONALISMO SE TORNA IRRACIONAL

El poder digital integra dos tendencias que parecen contradictorias. Dos tendencias contrapuestas que nuestra sociedad acoge simultáneamente. Por un lado, un hiper-racionalismo que convierte toda la realidad en objeto de cálculo. La ciencia se pone al servicio de la técnica y esta de la economía y de las instituciones. Los valores superiores de nuestro Derecho según la Constitución –la libertad, la igualdad, la justicia y el pluralismo político– son reemplazados por los valores globales de la utilidad, la eficacia y el rendimiento. Ahí está el dominio de la estadística, la necesidad de evaluación constante de trabajadores en instituciones y empresas.

Amazon monitoriza todos los movimientos de sus trabajadores y se dice que hasta hace despidos automáticos. Este hiper-racionalismo es característico del orden digital. La digitalización ha traído el registro total de la vida de las personas, su monitorización y la elaboración de perfiles predictivos. En definitiva, la protocolización total de la vida humana auspiciada por el poder económico o el estatal. Este control, en buena medida deseado por noso-

tros mismos, para facilitar, anestesiar y optimizar nuestra vida, haría estremecer hasta al espíritu más tiránico de otra época.

Por otro lado, hoy vivimos también bajo un profundo irracionalismo. Se rechazan verdades sensoriales, intuitivas o científicas. Verdades a las que un niño puede acceder directamente. Por ejemplo, que hay mujeres y varones en el mundo y no hay más sexos. Pero se dice que nacemos sexualmente neutros y todo es construcción social y decisión personal. Lo que ven los ojos y nos dice la ciencia de las diferencias biológicas, morfológicas, psicológicas o neurológicas entre varones y mujeres puede ser tranquilamente ignorado. La historia de varón y mujer no es una historia de amor sino de dominación. Y para superar la dominación hay que destruir… no la contienda, ¡sino a los contendientes! Además, criticar el irracionalismo puede constituir un delito de odio, porque esta mentira es una verdad oficial.

Lo mismo ocurre con "verdades" no oficiales como las teorías de la conspiración que han cundido en muchos países. Con esto se manifiesta el mismo rechazo a las verdades de hecho que son abiertamente ignoradas. Se desfactifica la realidad. Se producen narrativas placenteras con explicaciones simplistas que rechazan la misma experiencia histórica y las verdades científicas. Este irracionalismo también se manifiesta en la seudo religión de la inteligencia artificial. Jaron Lanier, inventor de la realidad virtual, manifestaba la sorpresa de que sus colegas de Silicon Valley dijeran que la IA iba a acabar con la humanidad y aún así tuvieran intención de producirla. Se trata de un enorme irracionalismo profundamente inhumano afirmar una cosa y hacer la otra al mismo tiempo. Solo la idolatría de la IA parece explicar esto.

Estas tendencias –hiperracionalismo e irracionalismo–, vienen de lejos. Ya hace cuarenta años Chistopher

Lasch asociaba ambas con el narcisismo[30]. El narcisismo supone no encajar el dolor del nacimiento. El paso del "goce oceánico de la matriz", la agradable seguridad de la matriz materna se rompe al nacer. La madurez consistiría en superar ese dolor, *aceptar la separación*, *la propia individualidad* –no ser ya parte de otro– y, al mismo tiempo, *aceptar la propia dependencia* de los otros. El narcisismo se manifiesta, en oposición a lo anterior, bien como *autosuficiencia*, bien como *deseo de volver a formar parte de un todo*, de la madre, la llamada "simbiosis regresiva".

En la medida en que esta madurez no se alcanza se opta por la *autosuficiencia*, por negar toda dependencia. La dependencia de la naturaleza, que representa a la madre, pero también de la Tierra, la Madre Tierra. El avance tecnológico, sobre todo a partir de las tecnologías de la información pone de manifiesto esta ilusión de autosuficiencia. Hace poco un artículo en *Wired* consideraba que debemos dejar atrás el léxico astronómico asociado a las distinciones temporales. La distinción entre día y noche asociada al tiempo de rotación de la Tierra, o los meses asociados a los ciclos lunares serían una tradición de "agricultores", ya obsoleta. Una tradición obsoleta previa a las redes sociales. Todo ello quedaría superado ante el orden digital. Al "día", que es indisponible y depende del sol, lo sustituye el "modo luz", estar conectado, que está siempre a nuestra disposición. Al "segundo" lo reemplaza la notificación digital. Y, claro está, el término "muerte" se reemplaza por "apagado".

Por otro lado el narcisismo se refleja en el irracionalismo. Este irracionalismo conduce a rechazar el mundo material, incluido el propio cuerpo. Un ser malvado habría creado la materia, un demiurgo. De modo que habría

30 LASCH, C., *La cultura del narcisismo*, J. Collyer (trad.), Madrid, Capitán Swing, 2023, pp. 308-318.

que volver a un estado primigenio, que quizá podamos encontrar en los viajes espaciales fuera de la Tierra. O en la inteligencia artificial que muchos consideran como una inteligencia "extraterrestre" (Harari) y con la que deberíamos hibridarnos. En este irracionalismo late un ánimo de volver a la matriz materna, una "simbiosis regresiva", una nostalgia de volver a formar parte de un todo. No seríamos capaces de ser individuos maduros y tendríamos que hibridarnos con algo superior a nosotros.

Estas dos tendencias –que son ilusiones negadoras de la realidad–, no hacen sino poner de manifiesto la urgencia de recuperar una conciencia clara de nuestra individualidad que solo se constituye con los otros. Nuestra individualidad no se puede desligar de nuestra dependencia ontológica. Ahí está la gran verdad que el cristianismo no ha dejado de susurrar a los oídos de los hombres desde hace veintiún siglos. Cualquiera diría que ha perdido vigencia.

10. LOS FABRICANTES ASUMEN SU CULPA

A pesar de que las críticas al diseño de las redes sociales son abundantes, sigue extendida la idea de que la tecnología es neutral. Se dice que las cosas son neutras porque se pueden utilizar para una acción buena o mala, y se ofrece el ejemplo del cuchillo: se puede usar para cortar comida o para dañar a otro. Pero, ¿no es esto confundir *la ambivalencia* –la posibilidad de usar las cosas de diferentes modos– con *la neutralidad* –considerar que las cosas no nos condicionan? El cuchillo puede usarse para cortar o acuchillar: esa es su ambivalencia. Sin embargo, esto no significa neutralidad. El cuchillo me presenta el mundo como algo que cortar: no puedo usarlo de cuchara. Si las cosas fueran

neutras no se discutiría la prohibición de la venta de armas, bastaría un ejercicio pedagógico para que se usaran bien.

De lo que no cabe duda es de que las cosas se diseñan con determinados propósitos, por eso no nos gustan las armas, porque están hechas para matar. Las redes sociales también están creadas con un propósito: que pasemos el mayor tiempo posible usándolas. Para ello explotan las debilidades humanas en su favor. En particular, explotan nuestros momentos de debilidad emocional, las grietas en nuestra voluntad, los deseos de reconocimiento y aplauso y un largo etcétera. En este sentido son emocionales y no racionales por diseño. No es solo que nos condicionen, es que están diseñadas para manipularnos. Desde la antropología cultural se compara el *smartphone*, el mejor amigo del hombre actual, con las máquinas tragaperras.

¿Estoy exagerando? No lo digo yo, lo dicen los padres fundadores de las redes, una legión de ingenieros arrepentidos que ahora batallan para concienciar al mundo de los males que han causado: Chris Hughes (co-fundador de Facebook), Tristan Harris y James Williams (ex-Google), Azan Raskin (inventor del *scroll* infinito), Justen Rosestein y Leah Pearlman (inventores del botón "me gusta"), Brian Acton (inventor del Whatsapp) o Chamath Palihapiya (ex-Facebook). Por no hablar de que el propio Steve Jobs jamás dejó que sus hijos tocaran el Ipad, al tiempo que les regalaba libros y más libros. Y, claro, mientras nuestros hijos son educados con pantallas desde los dos años, en Silicon Valley los hijos de los ingenieros van a Montessori. Se suscriben así dos ideas: "No te enganches con tu propia mercancía" (el lema de los traficantes de drogas) y la del gobernante absoluto que es *legibus solutus*: no se aplica la ley que aprueba para sus súbditos.

Con gran inteligencia denominaron "redes sociales" (*social media*) a Facebook y a todo lo que vino después

(Instagram, TikTok…). Pero las redes no tienen demasiado de sociales: han ahondado en la grave crisis de la soledad y de la falta de relaciones sociales normales. Sí. Podemos usar una red social con el objetivo de establecer auténticas relaciones sociales, incluso con el propósito de establecer un diálogo racional. Pero esto es usar las redes de un modo contrario a su diseño, es como tomar sopa con cuchillo. Lo más fácil es que acabemos cediendo al diseño de la red social: a la satisfacción narcisista de los seguidores y los me gustas. Las redes nos presentan el mundo como *una grada de fans que nos observa*. Una grada que tenemos que hacer el esfuerzo de aumentar para ser escuchados, aplaudidos y admirados cada día por más personas. ¿Y acaso hay alguien más importante que *yo*?

Visto así, parece difícil afirmar que la tecnología es neutral. En realidad, esconde un poder digital que goza hoy de mucha más fuerza que cualquier estado para impulsar la conducta de los individuos. Además del deterioro cognitivo que produce –memoria, atención, inteligencia–, daña la democracia con unas prácticas comunicativas que son lo contrario a lo que cualquier teórico de la democracia pueda valorar como positivo. Jürgen Habermas, en su libro sobre redes sociales *La nueva transformación de la esfera pública y la política deliberativa*, manifiesta estas preocupaciones.

Parecen más que sobradas las razones para promover unos derechos en internet que realmente protejan al individuo de este fenómeno, y también nuestras democracias débiles y nuestro desacreditado Estado de Derecho. En este momento, derechos como el de acceso a internet pueden tener el efecto de entregarnos "libremente" al poder digital. El derecho a la protección de datos parece una broma teniendo en cuenta el uso que se hace de nuestros datos. Hacen falta, en cambio, derechos que nos protejan *realmente* de este poder digital, que no nos entreguen a él. Cabría

objetar que esto es paternalismo, pero creo que no necesariamente. El Derecho nos protege a los unos de los otros, especialmente al débil respecto del fuerte. El Derecho no otorga libertad de engañar, y el internet actual es una gran máquina de manipulación. La Unión Europea ha prohibido los "patrones oscuros". En otras palabras, aquellos diseños web que manipulan a los usuarios mediante técnicas que fuerzan la elección deseada por el proveedor de servicios. Es una buena noticia.

Sin embargo, como es natural, el Derecho no puede hacerlo todo. De hecho, puede hacer bien poco si la sociedad no desea realmente recuperar sus libertades perdidas y vendidas en los mercados del capitalismo a cambio de efímeras compensaciones psicológicas y de formas de entretenimiento más o menos vacías. Y es que el poder digital ha elegido un buen aliado: nuestro ego.

III. Fragmentados

"Cuanto más reflexiono sobre el asunto,
estoy cada vez más convencido de que la vida es,
de principio a fin, un fenómeno de atención"
Henry Bergson

"La atención es la forma más escasa
y pura de generosidad"
Simone Weil

"Lo que llamamos *mente* no es más
que la calidad de la atención. La atención será
más fuerte si se la moviliza y se la concentra"
Jean Guitton

11. LA IA CONTRA EL SER HUMANO

"Este hombre futuro –que los científicos fabricarán antes de un siglo, según afirman– parece estar poseído por una rebelión contra la existencia humana tal como se nos ha dado, gratuito don que no procede de ninguna parte (materialmente hablando), que desea cambiar, por decirlo así, por algo hecho por él mismo"[31].

31 ARENDT, H., *La condición humana*, R. Gil Novales (trad.), Madrid, Austral, 1993, p. 15.

Estas palabras proféticas de Hannah Arendt –escritas en 1958– nos ofrecen el terreno del que surge la IA como rebelión prometeica. Este "gratuito don de la existencia" se nos da en compañía de otros, por eso la soledad es tan indeseable. Pero el ser humano actual enfrenta la grave crisis de la soledad, no recurriendo a sus semejantes, sino a la IA hecha por él mismo, de modo que promueve precisamente la soledad que pretende combatir. Esbozo esta tesis en nueve puntos que pretenden mostrar que la IA es un problema político de primer orden que apuntala la crisis de la soledad.

1. Contra lo social. El primer contacto significativo de la Humanidad con la IA ha sido el gran experimento de las redes sociales iniciado hace dos décadas[32]. Sus frutos son ya machaconamente reconocidos: pérdida de capacidades cognitivas –memoria, atención, pensamiento–, o crisis de la democracia. Sin embargo, su fruto más inquietante es cómo ha ahondado en la crisis de la soledad. En los últimos tiempos quizá nada ha destruido más las auténticas redes sociales que las llamadas "redes sociales". Este término comercial –"redes sociales"–, ha dificultado la comprensión del propio fenómeno y ha mostrado cómo el acto de nombrar las cosas puede suponer un auténtico engaño colectivo. En todo caso, se empiezan a remediar algunos de estos problemas: así ocurre gracias a la prohibición de los *smartphones* en las aulas en Francia, Portugal, Italia[33] y en varias comunidades autónomas españolas.

32 HARRIS, T. y RASKIN, A., "The AI Dilemma", *Your Undivided Attention* (podcast), 24 de marzo de 2023.

33 FERNÁNDEZ VICENTE, A., "La calidez de un mundo sin smartphones", *Telos*, 4 de octubre de 2023.

2. Contra lo real. La llamada IA generativa permite a cualquiera "crear irrealidad". Se falsea la realidad percibida a través de las pantallas. Esta representación de la realidad deja de corresponderse con la realidad, deja de representarla con fidelidad. La imagen o el vídeo verosimil pero ficticio sustituye a la cosa representada generando así una crisis de la distinción entre el hecho y la ficción. El problema más profundo no es técnico, que podamos eliminar esa distinción, sino que ya no nos importe la diferencia (Michael Sandel en su entrevista para *Telos*). Las redes sociales son el antecedente inmediato que permite socavar la percepción de la realidad en favor de una percepción personalizada del mundo, subjetiva, en la que la distinción entre hecho y ficción resulta irrelevante.
3. Contra la alteridad. El segundo contacto significativo de la Humanidad con la IA son los grandes modelos lingüísticos que permiten el desarrollo del diálogo ser humano-IA. Esto admite ahondar en el carácter antisocial de las redes sociales al ofrecer un nuevo placebo ante relaciones humanas líquidas, inestables y superficiales.

   Sin embargo, este nuevo placebo viene a agudizar la crisis del aislamiento, pues el carácter complaciente, sumiso y servicial de los *chatbots* contrasta con la fricción propia de las relaciones con humanos. Esto nos hace menos capaces de emprender relaciones humanas en las que el otro no se limita a aportar complacencia, sino que nos reta, nos corrige y se contrapone a nosotros. La discrepancia, el desacuerdo, incluso el conflicto, forman parte de las mejores formas de relación humana.

4. Contra el sexo real. Esta pérdida de alteridad, de contacto con el otro, se pone de manifiesto en otros ámbitos. La pérdida de relación con el cuerpo del otro parece conducir también el deterioro del sexo real en favor del porno digital (hoy totalmente a la carta, gracias a la IA generativa). Higinio Marín ha señalado que el sexo guarda una estrecha relación con el deseo de no estar solo, un deseo que sin duda el porno no puede satisfacer. El sexo, a diferencia del porno, requiere de un otro que se nos contrapone: un otro que tiene un cuerpo real, imperfecto y que no siempre está disponible para uno. Pero si en este ámbito lo que importa es la disponibilidad de cuerpos perfectos –y no el encuentro entre personas–, el sexo real no puede competir con el porno digital. Por eso es vano el intento de muchos de parecerse a los modelos pornográficos: ahí reside el empeño narcisista de obtener un cuerpo ideal en el gimnasio y en el quirófano –y, por tanto, el rechazo del cuerpo real y personal de cada uno–, que ahonda precisamente en este complejo ante el cuerpo real. Ese cuerpo que, a pesar de los esfuerzos, a uno le acompleja porque envejece, enferma, etc. No es extraño que hoy la gente tenga menos relaciones sexuales a pesar de –o, precisamente debido a– la omnipresencia del porno en todos los ámbitos de la cultura.
5. Contra el mundo. La IA nos aleja del mundo real, físico, de cosas y cuerpos sometidos al tiempo, cuya entropía y deterioro es inevitable y lo sustituye por un no-mundo de datos y máquinas que no dejan de mejorar y que ofrecen, según el caso, una representación del mundo, una falsifica-

ción del mundo o la producción de imaginarios a medida de cada uno. Esto no tendría por qué ser así, la IA podría "devolvernos" al mundo, pero la IA actual fomenta precisamente ese alejamiento. Ejemplo de esto son las redes sociales que no son una herramienta para el encuentro físico –pero, ¡podrían serlo dentro de otro modelo económico!–, sino que son auto-referenciales y adictivas. No es nada extraño que los grandes tecnólogos inicien también la carrera espacial y propuestas transhumanistas: nuestro mundo y nuestra existencia no les gusta y hay que emprender la huida del modo en que cada uno pueda.

6. Contra la acción humana. La IA supone muchas veces infravalorar la acción humana o, al menos, una visión funcional de las acciones humanas. Es decir, las acciones no se consideran realidades valiosas en sí, sino que son meramente funcionales, eficaces o utilitarias. En otras palabras: la acción es tarea sustituible. Esta idea de la imperfección humana solo es aceptable con una visión mecanicista de la realidad. Si el mundo es un mecanismo, da igual cambiar un tornillo por otro, con tal de que funcione. Así, la IA asiste, sustituye al ser humano o transforma tareas humanas en otras nuevas. A nivel más concreto, hay numerosas manifestaciones de la IA útiles y moralmente aceptables. Pero, a nivel general, subyace la idea de la imperfección humana frente a la creciente perfección de la máquina. Y, en todo caso, es evidente dónde saltan aquí las alarmas: cuando se quieren reemplazar relaciones que implican vínculos profundos (amistad, ternura, sexo, etc.), por una suerte de "intimidad artificial" con las máquinas.

7. Contra la seguridad. La mitad de los ingenieros que trabaja en seguridad de la IA opina que hay un 10% de posibilidades de que esta suponga la extinción humana. Eso está por ver. En todo caso, la IA otorga poder sin precedentes a los individuos para llevar a cabo tareas distintas o de forma mucho más eficaz. Esto hace, con carácter general, el mundo más disponible y cómodo, pero esta disponibilidad ha llegado a un grado en que constituye también un peligro. La IA –dada su complejidad, velocidad, opacidad y su autonomía– escapa cada día más de las manos del ser humano volviendo el mundo cada vez *más indisponible* e inseguro. A la IA le son aplicables las palabras de Harmunt Rosa sobre la "vuelta de lo indisponible como monstruo". Sí, hemos hecho disponible el mundo pero al riesgo de crear un monstruo impredecible que deteriora nuestros ya frágiles vínculos sociales.
8. ¡Contra el experto! Lo anterior parece legitimar la idea de que el mundo lo gobiernen los técnicos, los ingenieros. Pero, si Eric Schmidt (director ejecutivo de Google 2001-11) dice que no comprende la IA actual, ¿qué abismo habrá entre el hombre común y estas cosas? Más aún, ¿qué gobierno de técnicos esperamos si los técnicos ya no saben? La situación parece abocarnos al gobierno de las máquinas.
9. Contra la deliberación democrática. La IA actual es antidemocrática por diversas razones. La primera (y más profunda) es que ahonda en la crisis de la soledad, y la soledad es la tierra fértil para que surja cualquier tiranía. Sin vínculos fuertes no hay auténtica democracia. La segunda, muy rela-

> cionada, es que las redes sociales, con sus cámaras de eco y, en general, con su selección de contenidos provocativos, fomentan una fuerte polarización política que dificulta la posibilidad de una buena convivencia. La tercera es que las redes con su deterioro de las capacidades cognitivas o el predominio del éxito impiden o dificultan seriamente tanto la deliberación democrática, como simplemente la toma de conciencia de que uno pertenece a una comunidad política y eso importa realmente.

Si nuestra comunidad política quiere todo esto está por ver, creo que la mayoría de nosotros no. Sin embargo, poco importa nuestra opinión si admitimos la falacia del inevitabilismo, que considera la IA una realidad necesaria. En ese caso, nada importa el consenso sobre ella. Pero nada tiene esto de inevitable, pues el avance de la IA no es más que la suma de decisiones humanas.

> "La única cuestión que se plantea –continúa Arendt– es si queremos o no emplear nuestros conocimientos científicos y técnicos en este sentido, y tal cuestión no puede decidirse por medios científicos; se trata de un problema político de primer orden y, por lo tanto, no cabe dejarlo a la decisión de los científicos o políticos profesionales"[34].

Es decir, somos nosotros los que debemos hablar. La IA es un problema político de primer orden: ni tiene vida propia, ni escapa al uso de nuestra razón, ni a la decisión de nuestra voluntad. Si ahonda en la crisis de la soledad, hay que dejar claro que la IA socava los cimientos de nuestras sociedades, por mucho negocio que hagan algunos con ella

34 ARENDT, H., *La condición humana*, cit., p. 15.

o por mucho que facilite nuestras vidas en otro sentido. En consecuencia, todo lo que cree auténtica comunidad va a ser, entonces, un modo de combatirla.

12. EL MUNDO COMO ANUNCIO

El internet basado en la publicidad ha impregnado con su lógica buena parte de nuestras relaciones sociales. Desde su tímido surgimiento allá por los inicios de este siglo en Google, la publicidad digital no ha dejado de crecer. La publicidad ha rebasado los límites que normalmente la caracterizaban. Ya no está delimitada y auto-identificada (como exige el derecho). Ha cambiado y se ha vuelto omnipresente y sibilina. Su lógica ha modificado los fines que perseguimos con ahínco los seres humanos en la sociedad de la información. Incluso la información misma se ha hecho publicitaria, en el sentido de que busca sobre todo *captar la atención*. Con ello adquiere las características del anuncio cuyo valor se reduce al número de personas que lo ven.

En internet el valor publicitario depende del número de seguidores. Las redes sociales convierten en un juego el aumento de este número. Así, el usuario se adhiere casi sin darse cuenta a las reglas de juego que marcan las tecnológicas. Captar seguidores se convierte en un juego adictivo para el usuario con serias consecuencias sociales y jugosos beneficios para las empresas. Las redes muestran ese valor puramente cuantitativo e instrumental –el número de seguidores– como el valor absoluto. También más allá de las redes, la lógica publicitaria extiende sus raíces. Junto a la información que leemos o vemos en internet no se indica tanto su origen, fiabilidad, historia o cualquier otra cosa que

la dote de contexto o sentido. En vez de eso, se pone una cifra indicativa de la atención captada (visualizaciones, me gustas, etc.). La información vale lo que vale su capacidad extractiva de atención. Esto ha removido incluso las raíces de la ciencia porque también las publicaciones científicas tienen su aritmética atencional. Su valor depende del número de veces en que han sido citadas, lo que también inclina la ciencia hacia la publicidad. Esta lógica estructural del entorno digital de numerarlo todo permite compararlo todo y convertir cualquier interacción social en un juego en el que se pugna por puntuar más que los otros.

También el tradicional anuncio de un producto se camufla entre la información. La "vida representada" (Byung-Chul Han) de los *influencers* es indistinguible de la sutil publicidad que salpica sus vídeos. Como cualquier anuncio, viven de la atención ajena, del tiempo de los demás. En la medida en que el ideal hoy es ser un *influencer*, todo el mundo quiere *anunciarse*, es decir, captar el tiempo de los demás. De ahí que surja la "marca personal" como publicidad de uno mismo.

Lo anterior lleva a centrar la atención en el propio yo. Precisamente se explota la necesidad de reconocimiento que todos los seres humanos tenemos. Se aprovecha esa inclinación que, llevada al extremo, nos ahoga en nosotros mismos. Nos lleva a una auto-absorción que nos hace daño. El estudioso del narcisismo, el sociólogo Richard Sennett, considera que el Narciso tiene un problema de percepción. No es un egoísta o un ególatra, sino una persona incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso: "su auto-absorción impide un conocimiento acerca de lo que es y de lo que no es"[35]. Nuestra sociedad narcisista no puede ser, enton-

35 SENNETT, R., *El declive del hombre público*, G. Di Masso (trad.), Barcelona, Península, 1978, p. 401.

ces, la sociedad del conocimiento. Tampoco puede ser una sociedad con vínculos fuertes porque el narcisismo tiene un carácter centrípeto. Necesitamos más bien recuperar la atención que es una forma de apertura hacia la realidad. La atención permite percibir la realidad y asumirla como algo compartido con otros. Frente a la lógica de la total disponibilidad de lo que nos apetece, la atención se manifiesta en una "indigencia ante el objeto" (Paul Ricouer). Quedamos como absorbidos por aquello a lo que atendemos.

La atención en su grado álgido involucra todas las capacidades de una persona en una sola tarea. La persona se unifica a sí misma y con su entorno. En ella el corazón, la voluntad y la mente están en armonía. Por ejemplo, cuando una persona esquía y está totalmente inmersa en la caída pista abajo, el aire que le golpea y los árboles cubiertos de nieve que desfilan a los lados. Ni quiere, ni puede distraerse. Se sumerge por completo en esta experiencia. Este estado álgido de la atención puede darse con diversas actividades, como cantando en un coro, bailando, en una conversación absorbente, rezando o leyendo un buen libro. A estos estados de armonía se los denomina "estados de fluidez". En ellos, "lo que sentimos, deseamos y pensamos van al unísono"[36].

Una persona que fluye está totalmente centrada porque toda la energía psíquica se dirige a una tarea, pierde la conciencia de sí y la conciencia del tiempo. Recordamos estos momentos, como los mejores momentos de nuestra vida. Según Csikszentmihalyi no se puede ser feliz sin los estados de flujo. ¿No recuerda usted una conversación con amigos en la que estaban tan enfrascados que el tiempo pasó sin darse cuenta? Si pensamos cuantos estados de flu-

36 CSIKSZENTMIHALYI, M., *Aprender a fluir*, 15ª ed., A. Colodrón (trad.), Barcelona, Kairós, 2023, pp. 40-44.

jo experimentamos hoy y cuantos experimentábamos hace años, quizá nos sorprenda comprobar que el *smartphone* no milita a nuestro favor. Ahí tenemos una de las razones profundas de nuestra infelicidad, ansiedad e hiper-activismo. Hoy el flujo es extraordinariamente difícil. La tecnología digital es anti-flujo. Puede crear estados de absorción completa, como los que se experimenta jugando a una máquina tragaperras. Pero no son estados de felicidad, ni plenitud. Uno no los recuerda con satisfacción.

¿Será posible superar esta lógica publicitaria omnipresente? ¿Podremos recuperar el flujo o estamos condenados a una fragmentación que nos divide y nos hace infelices? Desde luego que podemos rectificar el rumbo y parece que ya se está haciendo, al menos con pequeñas cosas. Las nuevas suscripciones pagadas a los periódicos digitales parecen un cambio esperanzador porque la lógica de la suscripción se opone a la lógica atencional. Nadie paga para ver un anuncio, sino un contenido de calidad. Sin embargo, es necesario algo más, una norma general ante un problema de imposible solución puramente privada. Los efectos de red de los medios digitales y su carácter de infraestructuras críticas de la sociedad dificultan seriamente que la simple acción privada sea satisfactoria.

No es una novedad declarar que internet es un ámbito de alegalidad, de falta de ley. No es nada raro pues el espíritu con el que nació internet era libertario. Se pretendía que era un ámbito sin soberanía, no sometido a las leyes, un reino de la mente apartado del hiper-regulado reino de los cuerpos. Es verdad que hoy el derecho es asfixiante y omnipresente para el hombre común en el ámbito analógico. Sin embargo, apenas se ocupa de que el ámbito digital deje de ser el salvaje oeste y empiece a someterse a la ley. El derecho es una realidad sumamente modesta, apenas sin importancia al lado de la amistad o el amor. Sin

embargo, tiene la gran virtud de permitirnos hacer frente a problemas comunes a todos, estructurales, como los que producen una opinión pública dominada por la lógica de la publicidad. Y aunque de ningún modo el derecho puede garantizar la felicidad –ni es este su objeto, sino la justicia–, sí debe ofrecer las condiciones para el desarrollo de la atención. Especialmente en los niños, pero también en los adultos. Y gozar de nuestra atención significa que una condición de nuestra felicidad –la posibilidad de percibir y conocer la realidad y de concentrarnos en una sola tarea– es todavía posible.

13. ANIMALIZADOS

En uno de sus ensayos Hannah Arendt advierte del grave peligro del cientificismo[37]. El peligro, señala, es que se diluyan las diferencias entre hombre y máquina. Arendt anuncia la posibilidad de que esta disolución de diferencias lleve a que el lenguaje humano se vuelva matemático y formal, sin significado alguno, al modo de la máquina. Esta matematización de la comunicación llevaría a ser funcionales. Los seres humanos se confundirían con las máquinas. El deseo de algunos dataístas es este tipo de imitación de las máquinas. Pero a día de hoy el ideal de Pentland no está consumado en absoluto, por lo que la preocupación de Arendt no sirve para el presente.

¿Nos comunicamos como máquinas? Mi tesis es que no. Las máquinas son funcionales, la comunicación de la máquina es útil. La máquina emplea estrictamente el len-

37 ARENDT, H., "La conquista del espacio y la estatura del hombre" en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, A. Poljak (trad.), Barcelona, Península, 2016, pp. 279-293.

guaje necesario, pero no más. En contraste, la digitalización genera un tipo de ser humano dependiente de la comunicación digital. Este hombre no para de comunicarse digitalmente. Y no con signos matemáticos, que llevarían a ser funcionales como las máquinas, sino mediante un lenguaje emocional propio de animales. Es decir, es una comunicación animalizada porque el hombre, en cuanto animal, es susceptible de adicción y la adicción lleva a repetir conductas compulsivamente. Esa repetición en el ámbito digital es productora de atención y datos, lo que genera enormes beneficios.

En este sentido, la comunicación digital tiene una serie de rasgos que tienden a animalizar al ser humano al hacerlo: adicto, emocional, transparente, encerrado en el presente y solitario. Estos rasgos, combinados entre sí, configuran al animal digital.

Primero, la digitalización es adictiva porque la tecnología digital es adictiva por diseño. Se ha probado que el *smartphone* o teléfono inteligente imita con gran éxito las máquinas tragaperras de Las Vegas. El propósito del diseñador es aquí de la mayor importancia: aumentar siempre el tiempo del usuario ante el dispositivo.

Segundo, la adicción procede, en buena medida, de la emoción digital. La emoción, en cuanto vinculada a los instintos, es algo que compartimos con los animales y que se distingue del sentimiento, como algo que compartimos solo con los animales superiores. La emoción es efímera, situacional y performativa, lleva a actuar, a reenviar contenidos, etcétera. El sentimiento, en cambio, es estable, duradero y se refiere a la realidad objetiva. No lleva necesariamente a comunicar, como el sentimiento del duelo que puede llevar a lo a contrario, a recogerse. La emoción se

deja explotar económicamente por este nuevo capitalismo, el sentimiento no[38].

Tercero, el carácter transparente del ser humano. El individuo se exhibe voluntariamente, pero también es desnudado por completo por la llamada inteligencia artificial. El individuo se vuelve transparente ante la máquina. Esta puede saber con gran precisión, por ejemplo, en qué momento se encuentra emocionalmente más vulnerable un adolescente. Este conocimiento del interior del individuo permite a los dueños de la máquina controlarlo desde dentro, desde su psique, al conocerlo mejor que él mismo.

Cuarto, la tecnología digital coloca al individuo en una *soledad ocupada*. Estar solo en algunos momentos es necesario para el ser humano, porque permite reflexionar. El problema de la soledad digital es que, por un lado dificulta las relaciones significativas con otros (al introducir siempre un intermediario, la máquina) y, por otro, nos tiene permanentemente entretenidos de modo que no podemos reflexionar. Por esta razón, engendra una soledad ocupada. Es decir, nos mantiene siempre alterados, algo que, como vio Ortega, es propio de los animales.

Quinto, la reducción al presente. El tiempo real permite que vivamos un presente aumentado o, vayamos "de un presente a otro", como dice Byung-Chul Han, sin dimensión de la temporalidad. Este encierro en el presente es una muestra de animalización; es más, es propia de animales inferiores. Estos carecen de *thymós*, valentía, para posponer el presente placentero. El *thymós* está abierto a la memoria, la experiencia y la proyección al futuro. La tecnología digital tiende a animalizarnos como animales inferiores, al dar prioridad total al placer en el presente (*epytimía*).

---

38 HAN, B. C., *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona, Herder, 2015, p. 31.

Me parece que, no necesariamente de forma aislada pero sí combinados, estos rasgos tienden a animalizarnos. Ninguno de ellos es exclusivo de lo digital, sino manifestación de una tendencia más amplia que han detectado pensadores, filósofos, sociólogos o psicólogos desde hace décadas. Sin embargo, en este momento la animalización permite que el capitalismo de la vigilancia, que es la nueva mutación del capitalismo iniciada a principios de nuestro siglo, siga funcionando para beneficio de los muy pocos y a expensas de millones.

Quizá deberíamos desviar la atención de la tecnología y empezar a centrarla en lo que está haciendo con nosotros. Ante los gobernantes del dígito y la máquina urge un nuevo orgullo de ser humano.

14. FRAGMENTADOS

Está usted leyendo un libro. De pronto suena una notificación en su móvil. O quizá no suena nada, simplemente lleva ya 15 minutos leyendo. Necesita una distracción, una autodistracción. ¿Cuántos minutos tardará en recuperar la atención? Uno podría pensar que solo se pierde un par de minutos mientras se lee el mensaje y uno vuelve a su tarea –esto si no nos distraemos con otra cosa por el camino–. Sin embargo, aunque solo dediquemos unos segundos para ver la notificación, el tiempo perdido es mucho mayor: 23 minutos. Nada menos que 23 minutos se tarda en recuperar el estado de atención previo a la interrupción[39].

39 MARK, G., *y otros*, "The Cost of Interrupted Work: More Speed and Stress", *Proceedings of the SIGCHI Conference on Human Factors in Computing Systems*, 2008, pp. 107-110.

Es mucho tiempo. Sobre todo si tenemos en cuenta que recibimos muchas notificaciones al día. La interrupción constante nos impide tener las riendas de nuestro tiempo. Nos puede convertir en seres troceados en múltiples pedazos que no guardan relación entre sí. Esta atomización de las tareas deteriora nuestra identidad diacrónica, es decir, la historia de nuestro yo, que debería ser una historia coherente que refleje un proyecto vital. Podemos preguntarnos al cabo de los días, de los meses, de los años, ¿qué ha sido de mi tiempo? ¿Lo he dedicado realmente a lo que quería?

La interrupción cercena nuestra atención y borra parte de nuestra memoria de trabajo. La atención es el portero de nuestra memoria de trabajo. Regula qué información entra. Pero el aforo de nuestra mente es bastante limitado, por lo que es peligroso no pedir alguna credencial a la información que pasa a nuestra cabeza. Si constantemente dejamos entrar nueva información, nuestra mente se desborda. *La atención supone una renuncia* a toda la información impertinente o inútil que nos ronda. Pero es una renuncia gustosa. Cuando invitamos a nuestro mejor amigo a casa renunciamos a estar con todas las demás personas del mundo, pero la intimidad que logramos sería imposible si le viéramos en medio de un multitudinario concierto. Mientras estamos con ese amigo no podemos añorar estar a la vez con otras personas. Nadie queda para tener una conversación íntima en un lugar transitado por gente que conocemos.

También la atención requiere que intimemos con aquello que hacemos. Si nos disciplinamos para concentrarnos y desatender todo lo demás, la atención se convierte en una experiencia muy gratificante. Nuestra atención sostenida puede llevar a los llamados estados de flujo de los que ya hemos hablado. La pantalla –aún sin internet ni notificaciones– posee un escaso flujo. No ayuda a cultivar

la atención. Ya solo por eso, deberíamos repensar su uso. Pero si hablamos de los niños la cosa es mucho más grave. Prescindir de las pantallas es especialmente necesario para los niños. Sin embargo, muchos colegios se han entregado a ellas y a las grandes empresas tecnológicas que las comercializan. Un día le dije a mi hijo de cuatro años que soy profesor y me respondió: "¿Tú eres el que maneja la pantalla?". Es lo que veía en el colegio.

Los niños necesitan educar la atención, el gusto y la relación con ellos mismos. Esto no es posible si están habituados a estímulos constantes. Una educación de estímulos hace que todo les aburra. Se sienten incómodos con todo, incluso con ellos mismos. Necesitan dosis cada vez más altas de estímulos. La educación se convierte en subir la apuesta de los estímulos. Se trata de ludificar la educación hasta que ya no se distingue una clase de un videojuego.

Sin embargo, el cultivo de la atención y del gusto exige aburrirse. La persona, una vez cultivada, ya no se aburre de estar sola, ni de un buen libro, ni de una conversación. La persona cultivada disfruta de esas cosas. Pero el niño educado con pantallas no se cultiva, sino que caza. Es un cazador de estímulos o, como mucho, de información. Los niños necesitan acostumbrarse a la lectura, al silencio o, simplemente, a no hacer nada exteriormente. Sobre todo, los niños necesitan usar su imaginación para jugar. Todas estas cosas ayudan a cultivar la atención, la relación con uno mismo y le preparan para la vida social.

Los comerciales que presentaron el Chromebook (el portátil de Google) como una buena herramienta para el estudio olvidaron mencionar estas pequeñeces a los colegios españoles. No nos sorprendamos después si los niños están llenos de ansiedad o tienen una identidad débil y dependiente de la aprobación ajena. Simplemente no han

tenido tiempo de saber quiénes son y de forjar un yo sólido. No han tenido tiempo de hablar con ellos mismos, de encontrarse y de iniciar un diálogo interior. Muchos niños ya no tienen tiempo para desarrollar su identidad. El activismo, la tecnología y el deseo de éxito llevan a sus padres a organizar su tiempo como algo que hay que explotar y hacer rendir. Los colegios hacen lo mismo.

Los problemas para empatizar con el otro, según la psicóloga Sherry Turkle, surgen hoy en día porque no se ha cultivado la soledad[40]. El tú es otro yo. Si no hay un yo, si no me conozco, ¿cómo sabré reconocer al otro? Paradójicamente, Turkle muestra que solo si se cultivan tiempos de soledad se puede tener una auténtica empatía y amistad con los otros. La formación del yo y la relación con los otros están íntimamente relacionadas. Ahí se ve cómo la actividad permanente deteriora las relaciones. Hay que cultivar la soledad reflexiva precisamente para lograr relaciones sólidas con los otros.

15. EMOCIONALES

¿Vivimos una "dictadura de la emoción" (Byung-Chul Han)? Creo que hablar de dictadura, no solo es adecuado, sino que es el único régimen político que pueden crear las emociones. Eso sí, son dictaduras suaves –democracias, en apariencia–, porque se dice que la emoción libre da rienda suelta a la espontaneidad del individuo. Sin embargo, es justo lo contrario, es involuntaria y se manipula con facilidad. Tampoco todo lo que no es racional puede ser llamado

40 TURKLE, S., *En defensa de la conversación. El poder de la conversación en la era digital*, J. Eloi Roca (trad.), Barcelona, Ático de los libros, 2017, p. 79.

emoción, hay también sentimientos, pasiones o afectos. El significado político de cada uno es distinto.

Las emociones son magníficas para nuestra supervivencia que, en algunas circunstancias, requiere soluciones expeditivas. Si en nuestra casa hay un incendio mientras estamos en la cama es de agradecer que nuestro sistema nervioso se ponga en marcha para la huida –aumentando el pulso cardíaco y poniendo los músculos en tensión– sin consultárselo a la razón, demasiado lenta para una situación así. Las emociones producen en nosotros una reacción rápida y automática –no consciente–, ante un cambio en nuestra percepción. "Vivimos el impulso de nuestros instintos como el ser empujados ciegamente hacia algo"[41]. No es de extrañar entonces que la palabra "emoción" proceda etimológicamente de mover, ser empujado. Mueve a una reacción que es básicamente de dos tipos; de huida –como en el ejemplo– o de acercamiento. La emoción –en cuanto reacción–, siempre nos lleva a actuar, a hacer algo. En resumen, las emociones son prerreflexivas, efímeras y reactivas.

El sentimiento o pasión es algo que padecemos, pero carece de automatismo. Tampoco tiene porqué mover a hacer nada, no es reactivo. Aunque el individuo se vea afectado por algo y experimente un sentimiento, en muchos casos puede avivarlo o moderarlo según su criterio. Además, se puede reflexionar y contar una historia sobre él. El sentimiento se puede narrar. Por eso C. S. Lewis pudo escribir *Una pena en observación* al morir su mujer. A diferencia de la emoción, que es útil, sabemos que la pena tiene su belleza. La pena por el ser querido tiene su particular belleza porque nos recuerda que tenemos corazón.

---

41 VON HILDEBRAND, D., *Ética*, J. J. García Norro (trad.), Madrid, Encuentro, 2020, p. 232.

"Las respuestas afectivas –escribe Von Hildebrand– son voces de nuestro corazón […] en ellas está contenida toda nuestra persona".

La emoción, el sentimiento y la razón tienen su papel en nuestra vida. Sin embargo, es indudable que hay una jerarquía entre ellas. La inferior es la emoción, que nos liga a los animales y está caracterizada por su automatismo. Por eso supone una mayor degradación basar la política o el derecho en las emociones que en los sentimientos. Si basamos estas cosas en las emociones las hacemos reactivas. Se fomentan políticas o leyes basadas en situaciones emocionales que producen repugnancia o aprecio en la opinión pública. Lo reactivo es inferior a lo que no lo es, porque está determinado por su causa. Por ejemplo, la venganza es reactiva porque no es más que un efecto de la causa que es el agravio recibido. El perdón es superior porque no es un simple efecto sino una acción distinta, que se desvincula del agravio recibido.

La comprensión de las emociones nos proporciona los rasgos de las nuevas formas de dominio digital. La peligrosa unión entre psicología conductista e ingeniería computacional da lugar al entorno digital. La psicología conductista se ha ocupado del estudio de las emociones para determinar la conducta humana, pero no se busca saber quién es el ser humano, sino la utilidad y el rendimiento del individuo. Y esto se logra mediante un conocimiento de su psique, de los movimientos automáticos de su cerebro. Sabemos que en un entorno natural la emoción no está siempre presente. Sin embargo, con la tecnología se crea artificialmente un entorno emocional en el que el individuo está siempre asediado por estímulos. De hecho, el entorno digital se adapta como un guante a la producción de emociones –sus características coinciden con las de estas–:

carácter prerreflexivo, velocidad, automatismo, carácter efímero o afianzamiento por repetición.

Un ejemplo. Una notificación en nuestro móvil actúa como *desencadenante* de una emoción. La expectativa de que pueda ser algo interesante o urgente nos lleva a mirarlo cuanto antes. A veces será un mensaje anodino, quizá la mayoría de las veces lo sea. Pero unas pocas veces encontraremos un pequeño mensaje que nos complazca. El desconocimiento de si esta vez "habrá premio" antes de mirar el móvil es lo que hace que no podamos resistir mirar el *smaprthone*. Si se enseña a un mono a apretar un botón y siempre se le da un plátano después de hacerlo, no se enganchará tanto a apretarlo como si a veces hay plátano y otras no. A ese juego cruel de la recompensa variable juega nuestro correo electrónico –casi siempre anodino–, pero, ¿y si hoy recibo un correo interesante? Tras generar dependencia estas tecnologías tienden a estresarnos. ¿Es esto lo que llaman progreso tecnológico? ¿Estos ingenieros conductistas están en posición de decirnos que lo que producen ellos constituye el progreso?

Quizá nos sirva recordar la conversación de dos personajes de *El señor de los anillos*: Gandalf y Saruman. Ambos son magos y, por tanto, se encuentran entre los más sabios del mundo en que se desarrolla la novela (La Tierra Media). Pero Saruman se ha convertido en un espíritu técnico, no ha orientado adecuadamente su deseo de saber. Ha buscado conocer para dominar. Gandalf le reprocha algo que bien podríamos reprocharles a esos ingenieros que hacen experimentos masivos a través de sus redes. Esos que han hurgado en la psique humana hasta romperla para saber cómo es: "El que rompe algo para saber qué es ha abandonado el camino de la sabiduría".

16. SOLOS

La soledad es de la mayor importancia política y es habitualmente desatendida en el discurso político. Me parece que hay dos tipos de soledad, una buena y una mala. La primera es una actividad interior y de diálogo con uno mismo. Sobre ella decía Escipión: "nunca estoy menos ocioso que cuando estoy ocioso, ni más acompañado que cuando estoy solo". En esto son expertos los poetas y los filósofos que se caracterizan por su *actividad interior*, por tener un gran mundo interior. Rainer Maria Rilke, el poeta checo, pasó su vida viajando por toda Europa para lograr una "soledad radical", necesaria para su vocación poética. Desarrolló, podríamos decir, una interioridad extraordinaria. "Lo único realmente necesario es la soledad, una gran soledad interior. Entrar en uno mismo y no encontrarse con nadie durante horas: hay que conseguir eso"[42].

Aunque la postura de Rilke sea muy radical, la *soledad buena* es necesaria para desarrollar nuestra vida interior y nuestra conciencia. Si siempre estamos rodeados de otras personas, nos hacemos superficiales y, paradójicamente, impermeables a lo que ocurre en el mundo. Nunca tienen lugar la reflexión, ni la conciencia juega papel alguno. Esta soledad buena se opone a la dispersión, el activismo y la absolutización del trabajo. Aquí hay un contra-modelo que es la antítesis del poeta: Adolf Eichmann, el alto funcionario de la Alemania hitleriana y teniente coronel de las SS. Según el testimonio de los que presenciaron su juicio por su trabajo en la organización del holocausto judío, Eichmman había perdido el hábito de estar consigo mismo, el hábito de la soledad reflexiva en la que hacemos de

42 RILKE, R. M., *Cartas a un joven poeta*, J. M. Valverde (trad.), Madrid, Alianza, 1994, p. 62.

juez y acusado de nosotros mismos. Era incapaz de pensar, solo sabía trabajar[43].

Por su parte, también puede desarrollarse una *soledad mala*, el aislamiento de los demás, la incapacidad de tener relaciones significativas con ellos. Nadie alivia los propios males o nos colma de bienes con su presencia. La célebre frase de Jean-Paul Sartre dice así: "El infierno son los otros". Esta desconfianza *absoluta* de los otros no parece muy conforme a la realidad, a no ser en un Estado totalitario. En sentido contrario, Joseph Ratzinger identifica la ausencia de los otros con el infierno:

> "Si existiera una soledad en la que las palabras de los demás no pudieran penetrar y carecieran de fuerza para aliviarla; si existiera un desamparo tan profundo que ningún tú pudiera remediar, estaríamos frente a la soledad y la horridez totales que el teólogo llama 'infierno'"[44].

Y no hace falta ir al ámbito de la teología. También los filósofos de la política consideran que la soledad es fundamental para el mantenimiento de las tiranías. La tiranía se sostiene sobre la desconfianza entre personas, que se aíslan. Aisladas no pueden hacer frente al déspota, no se pueden constituir como un poder disidente y organizado. Todas las tiranías fomentan esta soledad mala, aíslan a las personas ente sí. El totalitarismo lleva esto al grado máximo. Fomenta una soledad absoluta para utilizar a los individuos como títeres, como verdugos o como víctimas. El que está completamente aislado y teme a los demás, queda completamente a merced del poder.

---

43 ARENDT, H., *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, C. Ribalta (trad.), Barcelona, Lumen, 2000, p. 382.

44 RATZINGER, J., *Introducción al cristianismo*, 15ª ed., C. Hugo Martín (trad.), Salamanca, Sígueme, 2009, p. 250.

El yo no se unifica sin la ayuda de otros. Si se le priva de relaciones valiosas, abandonado a la angustia de sí mismo y de sus instintos, flaquea su libertad y mucho más fácilmente es manipulado. Se fragmenta en las mil demandas de su entorno.

La soledad buena y las relaciones significativas con los demás no parecen caracterizar nuestra época. Vivimos en una situación de crisis en muchos sentidos y la adecuada visión de la soledad es uno de ellos. La soledad buena se encuentra hoy acechada de mil maneras y la mala promovida de mil modos. Por un lado, la digitalización de la que venimos hablando, por otro lado, las políticas públicas.

Las leyes promovidas en los últimos años se dirigen a suprimir la soledad buena con regalos y dádivas que mantengan a las personas entretenidas en otras cosas y, sobre todo, despreocupadas de la reflexión y crítica del poder político que se desarrolla con la soledad buena, con la reflexión y la vida interior. Pero hay un aspecto todavía más radical: la hostilidad a la familia. La casa es el lugar donde se combate la mala soledad de forma más eficaz. Y es precisamente la familia la que está en el punto de mira de las políticas públicas desde hace décadas, al despojarse de todo valor tanto el matrimonio como tener hijos.

La *soledad buena* y la *buena compañía* forman un círculo virtuoso que ayuda a que las sociedades se mantengan libres. Ayudan a controlar a los gobiernos y criticar las leyes. ¿Cómo? La soledad buena permite pensar y la buena compañía dialogar sobre lo que se ha pensado, poner a prueba la opinión propia. Pensar y dialogar (la vida contemplativa y la activa), se encuentran más relacionadas de lo que pueda parecer. De modo que la restricción de lo uno afecta a lo otro. El entretenimiento masivo afecta al diálogo, que se empobrece y se convierte en transmisión de discursos sim-

plificadores. De otro lado, limitar la libertad de expresión y el diálogo entre las personas, inhibe el pensar fuera de las verdades oficiales establecidas como canónicas.

En fin, la soledad buena y la buena compañía nos recuerdan que tanto la vida contemplativa y poética que posibilita la primera, como la vida activa y de relación con los otros, de la segunda, son importantes en nuestra vida. Y no solo desde el punto de vista existencial, sino político. Por eso, las sociedades que quieran mantenerse libres deben defender ambas.

IV. En busca de soluciones

"La liberación de la atención humana
podría ser la batalla moral y política definitoria
de nuestro tiempo"

James Williams
pasó por Google, hoy es profesor en Oxford

17. ¿RECONOCER NUEVOS DERECHOS?

Sentimos tanto rechazo hacia el totalitarismo del siglo XX que podemos pasar por alto las formas que el poder ha adoptado en los últimos tiempos. Parece que Aldous Huxley –y no George Orwell– nos ayuda a entender estas transformaciones. Es verdad que hoy sufrimos una vigilancia permanente –de la que habla Orwell–, pero él describe un poder coactivo, y hoy domina el poder complaciente. Este segundo tipo de poder es mucho más eficaz para orientar las acciones porque permite interiorizar la voluntad del que ostenta el poder[45]. De algún modo, este poder se asienta sobre deseos e inclinaciones humanas, anida allí y las hace crecer, aunque aniquilen al individuo. El poder

45 HAN, B.C., *Psicopolítica,* cit., p. 15.

complaciente no suprime derechos, los promueve. ¿A quién no le gusta que le concedan un derecho? Precisamente por eso esta reflexión es tan importante, para que no nos den gato por liebre cuando se reconocen nuevos derechos.

Antes de apresurarse a aplaudir cualquier derecho nuevo que se nos conceda habría que pensar, al menos, tres cosas: la antropología subyacente del nuevo derecho, así como su relación con el poder y con la sociabilidad humana:

1. ¿Antropología subyacente? Todo derecho presupone una concepción del ser humano y nada nos garantiza que el nuevo derecho tenga algo que ver con la antropología humanista que hizo florecer los derechos humanos. La línea puede estar ya muy lejos de aquello: posthumanismo, transhumanismo, animalismo …
2. ¿Instrumento del poder o contrapoder? Podemos pensar a quién favorece *realmente* este nuevo derecho. Tradicionalmente, los derechos surgían ante los excesos del poder político o económico. Es razonable que el reconocimiento de derechos sea una respuesta a amenazas a determinados bienes humanos. Sí, pero puede no ser así, por lo que hay que preguntarse: ¿es ese nuevo derecho un instrumento del poder (estatal, económico, etc.) o un contrapoder en manos del individuo?
3. ¿Crea o destruye las comunidades? El individualismo puede llegar a ser un disolvente de la comunidad política. Cabe preguntarse: ¿Es un derecho que refuerza las comunidades (familia, asociaciones intermedias, instituciones, etc.) o que las deteriora (todavía más)? ¿Refuerza los vínculos sociales? Todo poder que se precie –se

base en la coacción o la complacencia– dominará más eficazmente sobre individuos aislados. Y en este sentido, si están aislados *y entretenidos*, mejor: como en la novela de Huxley, en la que la libertad sexual busca distraer la atención de los verdaderos problemas sociales.

Veamos un espinoso ejemplo: la libertad de abortar. Hoy es reconocida por muchos como un progreso. Sin embargo, ¿cuál es el origen de este nuevo derecho? En las sociedades libres surge en Estados Unidos con dos nombres: Margaret Sanger y Henry Kissinger. La primera, es una conocida admiradora de las prácticas eugenésicas de la Alemania de Hitler. Fundó la "Asociación americana del control de la población", pero naturalmente, se dio cuenta de que había que ocultar las intenciones y no hablar de *control* sino de *libertad*, y paso a llamarse "Federación americana de Planificación familiar" (la bien conocida *Planned Parenthood*, la multinacional del aborto). Era conveniente presentar el control de calidad de la población de manera amable, como "planificación familiar", como derecho. Esto era, desde luego, un planteamiento más inteligente a largo plazo que el poder coactivo de Hitler. Los nuevos tiempos exigen poderes complacientes.

Por su parte, Kissinger supo presentar genialmente como derechos lo que no eran más que manifestaciones del imperialismo estadounidense. En su famoso informe de 1974, que lleva su nombre, se llega a la conclusión de que el mejor modo de proteger los intereses estadounidenses en el mundo es promoviendo el aborto fuera de su territorio. Para evitar acusaciones de imperialismo –dice literalmente–, hay que presentarlo como un derecho de los padres a espaciar los hijos, y debe promoverlo la ONU que tendría un halo de legitimidad moral.

Tanto el aborto promovido por Sanger como por Kissinger representan ese poder que se presenta como complaciente y promotor de derechos. Desconozco la importancia de estos individuos para la promoción del aborto a nivel mundial, pero no se puede negar su inteligencia y la repugnancia moral que generan las ideas y prácticas que promovieron.

¿Qué hay de los tres elementos para la reflexión sobre un nuevo derecho? La antropología eugenésica racista o el imperialismo amoral son incompatibles, en realidad, con los derechos humanos. El aborto es difícilmente un contrapoder, dado el aumento del poder económico y estatal que esta práctica ha generado. Visto desde la perspectiva del poder –una perspectiva pobre, por cierto, para la procreación–, el verdadero poder es tener hijos. Estos son la principal forma de trascendencia en este mundo a la que puede aspirar el hombre común. Por último, lo dañino para la sociabilidad salta a la vista, no solo porque supone matar a un individuo, sino porque supone introducir la violencia en el seno mismo de la familia, allí donde deberíamos de ser queridos solo por el hecho de existir. Ya profetizó Huxley que para lograr someter a la población con un poder complaciente era necesario destruir la familia. En fin, seguro que hacen falta nuevos derechos, pero cuidado que no estemos mordiendo un cebo. Si el poder coactivo requiere valor para enfrentarse a él, el poder complaciente precisa la capacidad crítica para desarticularlo. Pensar es el contrapoder del poder complaciente.

18. RECUPERAR NUESTRA ATENCIÓN

Detectar un problema es más fácil que ofrecer una solución. He destinado buena parte de este libro a presentar el problema de cómo las tecnológicas cercenan nuestra

atención y dividen nuestras comunidades políticas. ¿Qué soluciones cabe adoptar? Ninguna solución es mágica, pero hay unas más eficaces que otras, de alcance más amplio que otras y más superficiales que otras. Las soluciones a los problemas para la atención pueden ser, al menos, de dos tipos: individuales o colectivas. Entre las primeras se presenta el libro de Nir Eyal, profesor de diseño del comportamiento en la Universidad de Standford. Sus dos *best sellers* son de un llamativo e hiper-estimulante amarillo. El primero es *Enganchado*, al que ya me he referido, un manual para hacer productos adictivos. Por lo visto, el director ejecutivo de Microsoft, Satya Nadella, lo recomienda a sus empleados. Años después, Eyal publicó *Indistraíble. Cómo controlar tu atención y elegir tu vida*. ¿Quién conoce mejor el antídoto que el productor del veneno?

En su libro sobre el logro de una vida sin distracciones Eyal asume que estas se pueden controlar si ponemos los medios. Todo se reduce a un problema de voluntad o a apretar los botones adecuados de nuestro *smartphone*. Todos podemos lograr adquirir el "super poder" de ser indistraibles. Propone medidas de auto-control individual como estas: 1) cada vez que sentimos la llamada imperiosa de cambiar de actividad por aburrimiento o estrés y deseemos mirar el smartphone, esperemos diez minutos, 2) tengamos un horario con lo que queremos hacer y cuando queremos mirar el teléfono o el correo o 3) modifiquemos las notificaciones del teléfono.

Los problemas de atención se arreglan con soluciones individuales. Esta parece ser la idea dominante en los libros sobre este tema: somos distraídos, es un defecto personal, es nuestro temperamento así, etc. Y este es el planteamiento oficial de las empresas de Silicon Valley, y el planteamiento de Eyal. Este modo de presentar el problema, tiene una validez parcial. Quizá algunas, o todas, las propuestas

de este autor puedan ser llevadas a la práctica y ser moderadamente útiles. Pero detrás de ellas parece que algo se nos oculta. A esta postura se le ha llamado "optimismo cruel". Se trata de ofrecer una solución sencilla a problemas muy complejos. Pero eso que se presenta como solución no va a funcionar para la mayoría de la gente. Así lo señala Johann Hari en su libro sobre *El valor de la atención*. Este optimismo tiene como consecuencia que, en caso de fracasar y seguir siendo dependientes de la tecnología, todo será culpa nuestra. Es un optimismo que nos atribuye toda la responsabilidad. Sin embargo, para Hari la solución individual es parcial, hace falta una respuesta colectiva.

Ofrecer una solución institucional para recuperar nuestra atención nos lleva a formular muchas preguntas: "¿Qué formas de manipulación de la actitud y la conducta pueden considerarse modelos de negocio aceptables? ¿En qué nos basamos para ver en la captura y explotación a gran escala de la atención humana algo natural o deseable? ¿A qué principios debemos sujetar los mecanismos de la persuasión comercial, sabiendo que inevitablemente se emplearán también para la persuasión política?"[46]. Creo que es lo más realista, y así lo he procurado hacer, pensar en la atención como un problema no solo individual, sino social. Por eso, buena parte de las soluciones han de provenir o de la sociedad civil o de las instituciones. Estas son algunas propuestas que he encontrado:

1. *Cambiar los incentivos económicos por captar la atención*. Esta es la solución que llega, realmente, a la raíz del problema. El incentivo por captar la atención puede superarse si las redes sociales empiezan a cobrar una suscripción por acceder a ellas[47].

46 WILLIAMS, J., *Clicks contra la humanidad*, cit., pp. 144-145.

47 HARI, J., *El valor de la atención. Por qué nos la robaron y cómo recuperarla*, J. Estrella (trad.), Barcelona, Península, 2023, p. 350.

De este modo el negocio ya no pivota alrededor de los anunciantes que pagan por la atención de los usuarios, sino de los usuarios que pagan por los contenidos. Esto ya está ocurriendo en la UE. Facebook e Instagram se han visto forzadas a lanzar una versión de pago, libre de anuncios. El incentivo de captar la atención también desaparecería si hubiera redes sociales de titularidad del gobierno. Pero esto podría suponer cambiar un problema por otro. Podría contribuir a remediar el problema de la atención, pero otorgaría demasiado poder al gobierno. Patino o Hari proponen, para evitar eso, una titularidad pública que sea independiente del gobierno, como la BBC británica. Como todo en política, habría que juzgar muy bien la situación concreta del país.

2. *Modificar el diseño de las redes*. Esta segunda solución difícilmente tendrá lugar si no se adopta la primera y se modifican los incentivos. Algo que a las empresas les costaría bien poco: como agrupar las notificaciones, desactivar el me gusta, el scroll infinito –que nos carga contenido de manera ilimitada– o no radicalizar a la gente a través del motor de recomendaciones. A las redes les costaría bien poco técnicamente hacer estos cambios, pero perderían muchísimo dinero. Por eso, difícilmente lo harán salvo que se vean obligados a ello.
3. *Santuario: crear lugares sin conexión*. Para Bruno Patino el establecimiento de zonas sin conexión digital, igual que las zonas de no fumadores, es afrontar un problema de salud pública. Lo que está claro es que hay determinados lugares o instituciones cuyos fines quedan socavados por la presencia del *smartphone*. Por ejemplo, son in-

compatibles con la atención que requiere la educación a cualquier nivel y edad. Por tanto, están de más no solo en los institutos, sino en las universidades. ¿Prohibir el *smartphone* en la universidad es propio de luditas? Según Patino esto ya lo hace con sus alumnos nada menos que la universidad de Silicon Valley: la universidad de Standford[48].

4. *Preservación: momentos sin conexión y sin interacción social digital*. Lo mismo, sugiere Patino, que es aplicable al espacio es aplicable al tiempo. La noche, los momentos de intimidad con la familia o los amigos deberían de estar a salvo de un elemento extraño que impide una completa intimidad. De manera descarada las tecnológicas dicen que quieren consumir nuestro tiempo de descanso, ¿y no vamos a hacer nada para remediarlo? Es una ingenuidad decir que uno se conecta de manera voluntaria. Es verdad que ver una serie es una decisión individual, pero consultar el correo electrónico depende del modo de organizarse colectivamente la empresa o institución. ¿Qué pasaría si no fuera posible recibir correos electrónicos en las cuentas profesionales entre las 22 y las 6 de la mañana? Podría mandarse un correo en ese horario, pero no le llegaría al destinatario hasta las 6 de la mañana. Las empresas, preocupadas sobre todo por el rendimiento de sus empleados, verían mejorada su productividad, pues el que descansa de verdad, emprende su actividad con renovada energía. Además, los empleados tendrían menos estrés y recobrarían parte de su tranquilidad perdida.

48 PATINO, B., *La civilización de la memoria de pez. Pequeño tratado sobre el mercado de la atención*, A. Martorell (trad.), Alianza, Madrid, 2020, p. 64.

19. RECONQUISTAR NUESTRA INTIMIDAD

Hace unos años el Wall Street Journal publicó una serie de artículos sobre Facebook basados en una de las mayores filtraciones de documentos internos de una empresa tecnológica de la historia: las *Facebook files*. Estos documentos son muy relevantes porque muestran dos cosas. Por un lado, la distancia entre lo que Facebook dice puertas para afuera y puertas para dentro. Por otro, el conflicto constante que afecta a las decisiones de la empresa: elegir entre lo que es bueno para el bien común y lo beneficioso para la red social, un conflicto que Facebook resuelve sistemáticamente dando prioridad a su beneficio.

Se habla de que Facebook atraviesa una situación análoga a la de las grandes empresas del tabaco hace varias décadas. Estas ocultaban los efectos negativos de sus productos al tiempo que buscaban enganchar a los niños y así tener clientes para toda la vida. En este sentido, desde Facebook se quería lanzar "Instagram Kids", un proyecto ahora parado dada la contestación que tuvo la idea. En todo caso, como se hizo con las grandes empresas del tabaco en su momento, es deseable desenmascarar y regular lo que hacen las tecnológicas. Y es que estas empresas constituyen formas de gobierno *de facto* e ilegitimas que dan forma a nuestras sociedades. Igual que ante un déspota, la sociedad civil puede presionar para que se produzcan cambios significativos. ¿Qué cambios? Algunos expertos han ofrecido soluciones que podrían aplacar el dominio de las tecnológicas, soluciones que pueden dividirse en tres apartados: datos, diseño y mercado.

Datos

I. Declarar que los macrodatos fueron robados[49]. Es decir, que una institución o la sociedad civil declaren que los macrodatos personales que obran en manos de las grandes tecnológicas fueron ilegítimamente tomados. Robados gracias a la radical asimetría epistemológica entre capitalistas y usuarios con desprecio de la consciencia individual y el derecho vigente. Esta declaración tiene un valor simbólico o declarativo que no puede despreciarse. Que una autoridad sanitaria advierta que "Fumar perjudica seriamente la salud" es también una declaración, una simple declaración con enormes consecuencias.

II. Tras la declaración se propone declarar los macrodatos Patrimonio Común de la Humanidad y confiarlos a alguna autoridad mundial[50]. Los macrodatos tendrían la categoría que tiene, por ejemplo, la naturaleza, que es considerada un bien común a todos. Pero habría que preguntarse, ¿es posible dirigir esos datos al bien común o el acceso de una institución mundial a estos datos es un mal común en sí mismo? Por los peligros que entraña un *Gran hermano* mundial cabría descartar esta posibilidad.

Diseño

I. Prohibir los algoritmos antipolíticos. Es decir, aquellos que rompen con la igualdad de las opiniones en internet y favorecen precisamente las más

49 BELLVER CAPELLA, V., DE MONTALVO JÄÄSKELÄINEN, F., "El diseño del entorno digital como presupuesto de los Derechos Digitales", *Diario La Ley*, nº 49, 12 de marzo de 2021.

50 *Ibid*.

negativas. Es sabido que los algoritmos dan primacía a la información falsa, sórdida o que fomenta el odio. El odio multiplica los 'me gustas', reenvíos y comentarios con los que se sacian las arcas de las tecnológicas. Logra esto mucho mejor que las emociones positivas. Esto conduce a la polarización política y a la imposibilidad de entendimiento entre los que piensan distinto. Se podría pensar que siempre ha habido posiciones distintas y es idealista querer hacerlas desaparecer, pero no se trata de eso. Esta polarización está creada de forma artificial, sencillamente porque es rentable, erosionando así la democracia desde dentro. La solución indicada permitiría situar el contenido negativo en su lugar, en igualdad con el resto del contenido, de modo que no haría falta mayor intervención de las redes sociales, o los Estados, sobre el contenido inaceptable, sino menos.

II. Prohibir el diseño manipulador. La propuesta es del "Equipo de integridad cívica" de Facebook: la restricción del 'me gusta' y la supresión del reenvío con un click como solución a los grandes males que genera la plataforma. Al menos por ahora, esta propuesta no ha sido aceptada por Mark Zuckerberg, director ejecutivo de la empresa, por ser mala para el negocio. No es extraño porque estas opciones de diseño buscan simplemente aumentar la adicción y así conseguir más datos de los usuarios. Los circuitos de nuestro cerebro que proporcionan un placer momentáneo ante el reconocimiento de los demás se activan cuando estos 'me gusta' y reenvíos se refieren a nuestros contenidos. Por ello, estas opciones estropean la posibilidad de una rica comunicación digital no

psicologizada, ni narcisista, aquella que era posible antes de su implementación en todo internet en el año 2009.

Mercado

Se dice habitualmente que el problema principal es el modelo de negocio. Tanto es así que las aplicaciones de mensajería que no recaban metadatos (como Signal) no son rentables y funcionan con donaciones. ¿Qué hacer con el mercado tecnológico?

I. Expropiar las plataformas por considerarlas estructuras críticas de la sociedad[51]. Esto hace desaparecer el problema del modelo de negocio al poner este poder en manos del Estado. Sin embargo, las dificultades de esta solución parecen insalvables al darse un desplazamiento de un dominio privado –que desprecia las consecuencias sociales en busca del lucro efectivo–, por un dominio público que busca determinados resultados sociales cayendo en el despotismo.

II. Dividir a las grandes tecnológicas. La opción de dividir parece reducir el problema al gigantismo, sin tener en cuenta que no solo es dañino el tamaño de las tecnológicas. En primer lugar, lo es su actividad. De modo que trocear a las grandes tecnológicas parece una mala solución. Esto conduciría a ampliar la competencia y robustecer el mercado de la vigilancia[52].

---

51 PEIRANO, M., "Socializad las plataformas digitales", *Ethic,* 31 de marzo de 2021.

52 ZUBOFF, S., *La era del capitalismo de vigilancia. La lucha por un futuro humano en las nuevas fronteras del poder*, A. Santos Mosquera (trad.), Barcelona, Paidós, 2020, p. 483.

Algunas de estas propuestas parecen razonables y, por tratarse de una materia política, deberían de ser objeto de discusión política y no de simple reflexión teórica. Entre las dificultades de las soluciones basadas en la regulación estatal, estas tendrán que afrontar al menos dos problemas: la dificultad de solucionar estos problemas directamente sin causar otros, así como la debilidad del Estado y su limitado alcance territorial frente al dominio mundial de las tecnológicas.

20. SALIR DEL DETERMINISMO ENCANTADO

Ya nada es lo que era. La digitalización ha sometido nuestro mundo a un cambio extraordinario que apenas alcanzamos a vislumbrar. El hecho de que los métodos de la llamada inteligencia artificial no puedan ser, a menudo, interpretados incluso por los ingenieros que los crearon les conceden un aura que lleva a señalar que son (1) demasiado complejos para ser regulados y (2) demasiado poderosos para no ser utilizados. A esto se le ha llamado "determinismo encantado"[53]. Lo que se nos olvida es que los sistemas no proceden directamente de una voluntad divina. Bajo la capa de grandilocuente retórica comercial hay que recordar que los sistemas obedecen a propósitos. Este determinismo encantado oscurece el poder subyacente y clausura el escrutinio crítico. Bajo ese halo de necesidad la digitalización modifica nuestra percepción y nuestro modo de comunicarnos.

Es interesante pensar cómo empezó todo esto en California. En 1971 una revista de negocios acuñó el tér-

53 CRAWFORD, K., *Atlas de IA. Poder, política y costes planetarios de la inteligencia artificial*, 2ª ed., Nuevos emprendimientos editoriales, 2023, p. 30.

mino "Silicon Valley" en referencia al negocio de transistores de silicio iniciado unos años antes por un tal William Shockley. A partir de ahí nace la cultura *hacker*, en medio de una retórica liberadora, cercana al anarquismo. John Perry Barlow empezaba así su *Declaración de Independencia del Ciberespacio*: "Gobiernos del Mundo Industrial, vosotros… No sois bienvenidos entre nosotros. No ejercéis ninguna soberanía sobre el lugar donde nos reunimos". Con singular dureza Max Fisher resume al arquetipo de individuo en los orígenes de Silicon Valley como un "hombre friki¸ blanco, misántropo, lógico y despiadado". Su cultura laboral es "despiadadamente competitiva y fervientemente antijerárquica".

Este planteamiento libertario de los *hackers*, que se presentan como gente a la que no se le aplican ni las convenciones, ni las leyes, no ha tenido como resultado ninguna distribución del poder. O quizá sí, quizá en la época de la web 2.0. Pero eso es agua pasada. El poder no se ha entregado mágicamente al pueblo a través de la tecnología, ni ha democratizado las sociedades.

Pensemos en el caso birmano de hace apenas unos años. En este país, tras un período de dictadura se inició una apertura que incluía el acceso a internet y a los nuevos medios. Se creía que esto haría la sociedad más abierta y democrática. Como los birmanos no podían pagar los datos, Facebook llegó a un acuerdo con las compañías telefónicas para que no cobraran por el consumo de datos al usar Facebook. El resultado para los birmanos ha sido vivir como si Facebook e internet fueran la misma cosa. La red social fue clave para la amplificación del discurso del odio contra la población rohinyá, lo que llevó a que se perpetrasen matanzas contra esta minoría musulmana. Facebook no admitió responsabilidad alguna por multiplicar el odio.

No está de más conocer el espíritu de los que lo gobiernan a uno. Google, Amazon, Facebook y Apple acumulan un poder sin precedentes ante el que palidecen los viejos poderes soberanos de los estados. El poder "descentralizado" que atribuyen a sus usuarios les viene de vuelta en forma de pingües beneficios. A los usuarios les viene de vuelta en forma de facilidad comunicativa, pero también de acosadora publicidad dirigida y manipulación conductual. Las tecnológicas únicamente se rigen por el lucro económico y un disparatado deseo de inventar nuevas tecnologías, aunque sean malas.

Es ya abundantísima la literatura, que hemos ido citando, de juristas (Frank Pasquale), psicólogos (Jonathan Haidt), antropólogas (Natasha Dow Schüll) o filósofos (José María Lasalle) que alertan de los males de la digitalización. ¿Qué podemos hacer para recuperar nuestra soberanía ante Silicon Valley, especialmente para proteger a nuestros hijos?

1. Prohibir los móviles en las aulas preuniversitarias como ya han hecho 9 comunidades autónomas en España. De manera simultánea mostrar a los menores el placer de leer y de jugar sin pantallas.
2. Lo siguiente es que los adolescentes no tengan acceso al móvil hasta los 16 años y, progresivamente, más tarde. A esto se plantean objeciones. "Sin smartphone no puedo localizar a mi hijo. Quiero tener a mi hijo localizable". Es lógico, pero esta tarea la hace igual un teléfono sin internet.

"Mi hijo será un paria sin *smartphone*". Esto es un argumento fuerte, pero depende enteramente de cómo de grave consideremos que es la dependencia del *smartphone*. La integración en un grupo no puede justificarlo todo. ¿Acaso no educamos a nuestros hijos conforme a nuestros ideales aunque la sociedad los desprecie?

Pero esto todavía no tumba el argumento de la marginación. Para evitar la marginación conviene que los padres se coordinen entre sí y actúen concertadamente al entregar el móvil a sus hijos a una edad determinada. Concienciar a los padres de los males del *smartphone* llevará a que se lo entreguen más tarde, y ver a sus iguales decididos a hacer lo mismo los sacará de la resignación y la apatía. El mayor enemigo de esta "batalla" por recuperar la infancia de nuestros hijos es la resignación.

Si esta batalla se vence permitirá librar otras, como las de los trabajadores frente a la vigilancia permanente en el trabajo, las neuro-tecnologías, la masiva automatización de las tareas, la soledad, las enfermedades mentales de los adolescentes o la desaparición del ocio sin pantallas. Estas quizá sean las batallas de nuestro tiempo. Si nos resignamos, nuestros hijos tendrán un peor futuro. Muchos seguirán prefiriendo no tenerlo. No habremos sabido legar lo que nuestros padres nos dejaron.

Agradecimientos

Una parte de este libro procede de artículos aparecidos inicialmente en diversos medios de comunicación. Por ello agradezco a Juan Zafra (*Telos*), Lola Herrero (*The Conversation*) y Pablo Salazar (*Las Provincias*) que me hayan brindado la posibilidad de publicar de nuevo estos textos. Mi agradecimiento se extiende a la editorial Dykinson, que me permite proporcionarlos ahora reunidos y revisados, junto con nuevos textos que los complementan. El coordinador de la colección "Temas Sociales de Actualidad", Aniceto Masferrer, merece una mención especial, por dar el pistoletazo de salida de la misma con este libro. A él también le debo haber cultivado en los últimos años el artículo breve gracias al respaldo del Grupo de Estudios Sociales e Interdisciplinares (GESI), de la Fundación Universitas, cuyo impulso de una opinión pública crítica y respetuosa al mismo tiempo es hoy de una importancia y urgencia extraordinarias. Mi agradecimiento se dirige también a Tomás de Domingo y Pablo Pareja, por sus conversaciones y comentarios sobre el tema de este libro, así como a mi universidad, la Universidad Miguel Hernández.

* * *

Los trabajos que han visto la luz en *The Conversation* fueron publicados con los siguientes títulos:

— "La sobreexposición a las pantallas nos convierte en seres dispersos y poco empáticos", 3 de junio de 2024.
— "Nueve propuestas para acabar con la vigilancia digital" (la versión original de este artículo apareció en la Revista *Telos*, de la Fundación Telefónica), 1 de diciembre de 2021.
— "¿La tecnología digital nos hace mejores? De momento, parece que no", 21 de febrero de 2021 (la versión original de este artículo apareció en la Revista *Telos*, de la Fundación Telefónica).

Los trabajos publicados en el diario *Las Provincias* son los siguientes:

— "Contra el determinismo encantado", 4 de octubre de 2024.
— "La crisis de la democracia y las plataformas digitales", 6 de mayo de 2024.
— "Aprendices de brujo", 13 de abril de 2024.
— "El poder digital y su principio inspirador", 30 de marzo de 2024.
— "Nuevo poder, nuevos derechos", 3 de marzo de 2024.
— "Neutralidad tecnológica y nuevos derechos", 17 de febrero de 2024.
— "La lógica de la publicidad", 17 de septiembre de 2022.
— "La dictadura de la emoción", 12 de abril de 2022.
— "La sociedad máquina y el despotismo del dato", 20 de febrero de 2022.

Por último, fue originalmente publicado en la revista *Telos* de la Fundación Telefónica:

— "La IA contra al ser humano", nº 124 sobre "Inclusión Digital", 2024, pp. 50-55.

¿Resistimos juntos? Más lecturas

La digitalización acelera el tiempo, nos fragmenta y nos hace solitarios, pero la lectura atenta aquilata el tiempo, nos recompone y nos hace miembros de una comunidad. La selección de libros que ofrezco –un equipo titular muy europeo, con un medio campo castizo– puede resistir y dañar al nutrido equipo de la distracción tecnocrática, y eso sin enumerar los autores en la reserva que calientan en la banda…



* La idea del equipo de fútbol de autores está tomada de José Pérez Adán y su interesante página con sinopsis de libros: *https://www.ulia.org/personaljpa/libros.html*

1. Johann Hari, *El valor de la atención*. Es el libro de referencia sobre las doce causas de la crisis de nuestra atención (solo le falta hacer referencia a la pornografía). Trata de manera excelente el aspecto tecnológico, pero muestra que llevamos perdiendo atención desde hace más de un siglo, aunque esta pérdida ha aumentado exponencialmente en los últimos tiempos. Muy bien documentado y bien escrito y con notas biográficas que lo amenizan y están muy bien traídas. Con esta portería escocesa no encajaremos muchos goles.
2. James Williams, *Clicks contra la Humanidad. Libertad y resistencia en la era de la distracción tecnológica*. El autor saltó de Google a Oxford por razones éticas y este es el resultado. Gran amigo de Tristan Harris, otro ingeniero humanista y con ideas semejantes, con el que fundó la organización "Time Well Spent" (hoy el "Center for Humane Technology"). Distingue tres tipos de atención que son considerados hoy canónicos, una buena defensa para la banda izquierda y buena sintonía con Hari.
3. Michael Ende, *Momo*. Una novela sobre como la falta de apertura a los otros, la mala soledad, es lo que nos acelera y nos hace infelices. La atención y la tranquila escucha de nuestros amigos, a la que no sacamos rendimiento, es lo que nos hace verdaderamente felices. La amistad es una defensa natural de la atención, es difícil que la distracción se interne por aquí.
4. Bruno Patino. *La generación de la memoria de pez*. Este breve librito pone sobre el tapete lo que hemos perdido, funciona bien en la retaguardia, pero también en el ataque pues nos indica cómo recuperarlo. Nos dice que debemos consagrar lugares sin conexión. Imaginemos nosotros… universidades, bibliotecas, bares, conciertos sin *smartphone*… ¿Imposible? También parecía imposible que el mundo no se acabara con una explo-

sión atómica hace sesenta años, y mal que bien, aquí seguimos.

5. Jean Guitton. *El trabajo intelectual*. Para estudiantes e investigadores jóvenes y no tan jóvenes, para amantes del saber y la atención. Un librito deliciosamente escrito en el que se pone de manifiesto que no hay que sucumbir a la abundancia de información (y lo dice hace ya muchos años). Al rival le costará llegar a la portería y superar las botas del filósofo francés.
6. Jose María Lasalle. *Ciberleviatán*. Denuncia la civilización digital como antítesis de la civilización liberal y no está exento de razón. Un adelantado en nuestro país. Buen apoyo a la defensa de la libertad y buenos pases a la línea delantera en busca de la derrota del imperativo tecnocrático que apunta maneras de tirano.
7. Alejandro Llano, *Humanismo cívico*. Libro para un público algo más restringido: reivindica la importancia de nuestro papel activo de ciudadanos frente al imperativo tecnocrático que tiende a prescindir de nosotros. Buen juego con Lasalle en su defensa de la libertad política y también muy dañino en el ataque a la tecnocracia.
8. Francisco Balaguer Callejón, *La constitución del algoritmo*. Más bien para juristas, pero se lee muy bien y creo que acierta en el diagnóstico y las defensas jurídicas frente a los problemas de la economía de la atención. Muy dañino en la línea vertical con la sumisión del algoritmo a la Constitución. Completa un mediocampo español muy fuerte.
9. Byung-Chul Han, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. El mejor Han, de pases cortos y decididos, para todos los públicos. Muestra cómo el poder digital es un poder complaciente y adelanta el uso electoral de los macrodatos antes de Cambridge Analytica.

La retórica de la portería rival queda muy mermada ante sus cañonazos.

10. Shoshana Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia*. Es un libro de casi mil páginas para los más interesados por el tema, para leer en mesa y subrayar. Documentadísimo y riguroso, con índice de materias que hacen la lectura más amable o selectiva. Ha estudiado todos los puntos débiles de la portería rival con abundantes cuadros y nombres. Imprescindible.
11. Hartmut Rosa, *Lo indisponible*. Hemos perdido la relación de resonancia con el mundo, el mundo ya no nos habla porque tenemos una disposición de dominio sobre él. Resonancia y atención son, naturalmente, sinónimos. Un libro profundo, aunque quizá no para todos los públicos. Destapa otra pataña tecnocrática: la distracción y el divertimento consumista nos hace felices. Buena sintonía con Han, dos aguijones en la portería rival.

Entrenador: Tristan Harris. Cuando el humanismo está en decadencia, uno parece encontrarlo en los lugares más inesperados, en la propia Silicon Valley, y en la persona de un ingeniero. Aunque no "juega" –no publica libros–, su podcast "Your Undivided Attention" es lo mejor que se hace sobre estos temas con decenas de entrevistas a expertos. También ha producido el documental "El dilema de las redes". Tiene una enorme influencia que puede inclinar la balanza en favor de la libertad de atención frente a la tecnocracia de la distracción. Lo llaman "la conciencia de Silicon Valley" (*The Atlantic*).

Ganar el partido no está en *tus* manos –o pies– o en las *mías*, es un problema colectivo que exige *nuestra* acción concertada en las escuelas, las universidades, las empresas, las casas, las iglesias, los comercios, los lugares de ocio…

Índice tópico y onomástico

Acton, B. 60
Algoritmo 50, 111
Alteridad 63, 69
Amazon 46, 50, 56, 103
Animal digital 74-77
Apple 45, 103
Arendt, H. 51-53, 63, 75-77, 85
Aristóteles 51
Atención
— colectiva 26-30
— economía de 14, 26-30, 46-49, 111
— involuntaria 80-82
— multitarea 47, 76
Bellver, V. 44, 98
Blanco Marañón, N. 50
Capitalismo de la vigilancia 77, 100, 112
Chesterton, G. K. 34, 53
Clickbait/ciberanzuelo 46
Conocimiento 48-49, 71-76
Crawford, K. 101-104

Csikszentmihalyi, M. 72-74
Cuerpo 19-20, 38, 44-45, 51, 60, 73
Derecho
— a la protección de datos 42-44, 61
Derechos humanos 89-92
Despotismo 31-36, 42-49, 100
Distracción
— epistémica 48, 110-112
— existencial 48, 93, 110-112
— funcional 48, 77, 93, 110-112
Dow Schüll, N. 103
Emoción 13-14, 20, 27-30, 34-39, 75-76, 80-84
Estados de flujo 72-74, 78
Eyal, N. 30, 39, 93
Escipión 93
Esfera pública 11-13, 26-30
Facebook
— *files* 97
Fisher, M. 102
Gautier, T. 34-35
Guitton, J. 37, 63, 111
Google 43-50, 60, 68-70, 79, 89, 103
Habermas, J. 26-30, 61
Haidt, J. 37, 103
Han, B.-Ch. 71, 76, 80, 111
Hari, J. 93-96
Harris, T. 41, 60, 64, 110-112
Hughes, Ch. 60
Huxley, A. 52, 89-92
Individualismo 52, 90
Información 70-74, 48, 99, 111

Inteligencia artificial 32-35, 53-59
Kahneman, D. 34, 47
Kissinger, H. 91-92
Lanier, J. 57
Lasalle, J. M. 42, 103, 111
Lasch, Ch. 57-58
Ludificación 70-71, 79
Marín, H. 66
Me gusta 71, 95-99
Miller, E. 47
Montesquieu, Barón de 51-52
Narcisismo 57-59, 72
Neutralidad tecnológica 59-60
Oliver, N. 33
Ortega y Gasset, J. 9, 76
Orwell, G. 89
Pantallas 19-20, 29, 60, 78-79
Palihapiya, Ch. 60
Pasquale, F. 25, 103
Patino, B. 94-96, 110
Peirano, M. 41, 100
Pentland, A. 32-33, 41, 74
Perry Barlow, J. 102
Pieper, J. 53
Poder
— digital blando (vid. *Psicopolítica*) 46
— digital duro 43
— finalidad 46
— forma de manifestación del 46
Psicopolítica 76, 89, 111
Raskin, A. 60, 64

Ratzinger, J. 35, 85
Redes sociales 44-48, 55, 58-61, 64-70, 94-99
Rosa, H. 68, 112
Sadin, E. 42
Schmidt, E. 68
Schrei, J. 54-56
Scroll infinito 60, 95
Sennett, R. 14, 71
Shockley, W. 102
Simon, H. 36
Soberanía 45, 73, 102-103
Tocqueville, A. de 43
Totalitarismo digital 42-49
Turkle, S. 80
Unión Europea 62
Ultrafalsificación 30
Von Hildebrand, D. 81-82
Williams, J. 47-49, 60, 89, 94, 110
Zuboff, S. 100, 112
Zuckerberg, M. 45, 99

GRACIAS POR CONFIAR EN NUESTRAS PUBLICACIONES

Al comprar este libro le damos la posibilidad de consultar gratuitamente la versión ebook.

Cómo acceder al ebook:



- ☞ **Entre en nuestra página web,** sección Acceso ebook (www.dykinson.com/acceso_ebook)
- ☞ **Rellene el formulario** que encontrará insertando el código de acceso que le facilitamos a continuación así como los datos con los que quiere consultar el libro en el futuro (correo electrónico y contraseña de acceso).
- ☞ Si ya es **cliente registrado**, deberá introducir su **correo electrónico y contraseña habitual**.
- ☞ Una vez registrado, **acceda a la sección Mis e-books de su cuenta de cliente**, donde encontrará la versión electrónica de esta obra ya desbloqueada para su uso.
- ☞ Para consultar el libro en el futuro, ya sólo es necesario que se identifique en nuestra web con su correo electrónico y su contraseña, y que se dirija a la sección Mis ebooks de su cuenta de cliente.

CÓDIGO DE ACCESO

Rasque para ver el código

Nota importante: Sólo está permitido el uso individual y privado de este código de acceso. Está prohibida la puesta a disposición de esta obra a una comunidad de usuarios.



MANTÉNGASE INFORMADO
DE LAS NUEVAS PUBLICACIONES

Suscríbase gratis
al boletín informativo
www.dykinson.com

Y benefíciese de nuestras ofertas semanales

El exceso de información, los algoritmos que la personalizan o las tecnologías omnipresentes que nos manipulan: todo milita contra nuestra atención. Buscamos ansiosos la siguiente distracción que nos saque de un presente que nos parece tedioso. Pero, además de ser una pequeña pérdida de tiempo: ¿tiene importancia que nos distraigamos constantemente? La atención es uno de esos bienes que ignoramos cuando todo va bien y que, en los buenos tiempos ni siquiera tomamos en cuenta. *Fragmentados. Digitalización y posdemocracia* es un ensayo sobre su importancia y sobre cómo el emporio tecnológico no solo ha deteriorado nuestra atención, sino que ha modificado el poder, la percepción y la comunicación.

El poder reside hoy en las grandes tecnológicas californianas. Y este no es solo un poder basado en la información, sino en captar la atención. Este nuevo poder que vende nuestra atención a los anunciantes ha modificado nuestra percepción. Las pantallas que personalizan la información han reemplazado la percepción compartida de la realidad por un caleidoscopio de percepciones. Por otro lado, la comunicación se ha convertido en un intercambio de complacencias psicológicas. Pero esto ya no es comunicación propiamente humana, sino una *comunicación sin relación* en el marco de una alteridad débil y líquida. Por lo anterior, a la *crisis de la atención*, se le suma la *crisis de la sociabilidad*, pues nos sentimos profundamente solos, aunque estemos conectados. En resumen: estamos solos y sin poder, nuestra percepción se ha deteriorado y nuestras relaciones desaparecen: ¿Qué democracia podremos tener? ¿Nos animaremos, por fin, a hacer algo? ¿Cómo recuperaremos la atención, el saber compartido, el diálogo libre y la escucha del otro que son la base de la democracia?

Colabora

INSTITUTE FOR SOCIAL, POLITICAL AND LEGAL STUDIES
INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIALES, POLÍTICOS Y JURÍDICOS

9 788410 708518